

Ramón del Valle-Inclán

**VISIÓN ESTELAR DE UN
MOMENTO DE GUERRA**

LA MEDIA NOCHE—EN LA LUZ DEL DÍA

CLÁSICOS DE HISTORIA 559

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

**VISIÓN ESTELAR DE UN
MOMENTO DE GUERRA.**

LA MEDIA NOCHE—EN LA LUZ DEL DÍA

LA MEDIA NOCHE
Imprenta Clásica Española
Madrid 1917

<https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-media-noche-vision-estelar-de-un-momento-de-guerra-875777/>

EN LA LUZ DEL DÍA
El Imparcial (Madrid)

8 y 22 de enero de 1917—5 y 26 de febrero de 1917
<https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/card?sid=188939>

Breve Noticia.....	3
La Media Noche.....	4
En la luz del día.....	26
Apéndice: Pasajes suprimidos.....	40

BREVE NOTICIA

Era mi propósito condensar en un libro los varios y diversos lances de un día de guerra en Francia. Acontece que, al escribir de la guerra, el narrador que antes fue testigo, da a los sucesos un enlace cronológico puramente accidental, nacido de la humana y geométrica limitación que nos veda ser a la vez en varias partes. Y como quiera que para recorrer este enorme frente de batalla, que desde los montes alsacianos baja a la costa del mar, son muchas las jornadas, el narrador ajusta la guerra y sus accidentes a la medida de su caminar: Las batallas comienzan cuando sus ojos llegan a mirarlas: El terrible rumor de la guerra se apaga cuando se aleja de los parajes trágicos, y vuelve cuando se acerca a ellos. Todos los relatos están limitados por la posición geométrica del narrador.

Pero aquel que pudiese ser a la vez en diversos lugares, como los teósofos dicen de algunos faquires, y las gentes novelescas de Cagliostro, que, desterrado de París, salió a la misma hora por todas las puertas de la ciudad, de cierto tendría de la guerra una visión, una emoción y una concepción en todo distinta de la que puede tener el mísero testigo, sujeto a las leyes geométricas de la materia corporal y mortal. Entre uno y otro modo habría la misma diferencia que media entre la visión del soldado que se bate sumido en la trinchera, y la del general que sigue los accidentes de la batalla encorvado sobre el plano.

Esta intuición taumatúrgica de los parajes y los sucesos, esta comprensión que parece fuera del espacio y del tiempo, no es sin embargo ajena a la literatura, y aun puede asegurarse que es la engendradora de los viejos poemas primitivos, vasos religiosos donde dispersas voces y dispersos relatos se han juntado, al cabo de los siglos, en un relato máximo, cifra de todos, en una visión suprema, casi infinita, de infinitos ojos que cierran el círculo. Cuando los soldados de Francia vuelvan a sus pueblos, y los ciegos vayan por las veredas con sus lazarillos, y los que no tienen piernas pidan limosna a la puerta de las iglesias, y los mancos corran de una parte a otra con alegre oficio de terceros; cuando en el fondo de los hogares se nombre a los muertos y se rece por ellos, cada boca tendrá un relato distinto, y serán cientos de miles los relatos, expresión de otras tantas visiones, que al cabo habrán de resumirse en una visión, cifra de todas. Desaparecerá entonces la pobre mirada del soldado, para crear la visión colectiva, la visión de todo el pueblo que estuvo en la guerra, y vio a la vez desde todos los parajes todos los sucesos. El círculo, al cerrarse, engendra el centro, y de esta visión cíclica nace el poeta, que vale tanto como decir el Adivino.

Yo, torpe y vano de mí, quise ser centro y tener de la guerra una visión astral, fuera de geometría y de cronología, como si el alma, desencarnada ya, mirase a la tierra desde su estrella. He fracasado en el empeño, mi droga indica en esta ocasión me negó su efluvio maravilloso. Estas páginas que ahora salen a la luz no son más que un balbuceo del ideal soñado. Volveré a Francia y al frente de batalla para acendrar mi emoción, y quién sabe si aun podré realizar aquel orgulloso propósito de escribir las visiones y las emociones de UN DÍA DE GUERRA.

V.-I.

LA MEDIA NOCHE

Filo de media noche encendí la lámpara. Me puse delante, y mi sombra cubría el muro. Abrí el libro y deletreé las palabras con que se desencarna el alma que quiere mirar el mundo fuera de geometría. Después apagué la lámpara y me acosté sobre la tierra con los brazos en cruz como el libro previene. Artephius, astrólogo siracusano, escribió este libro, que se llama en latín CLAVIS MAIORIS SAPIENTÆ.

I

Son las doce de la noche. La luna navega por cielos de claras estrellas, por cielos azules, por cielos nebulosos. Desde los bosques montañosos de la región alsaciana, hasta la costa brava del mar nortño, se acechan dos ejércitos agazapados en los fosos de su atrincheramiento, donde hiede a muerto como en la jaula de las hienas. El francés, hijo de la loba latina, y el bárbaro germano, espurio de toda tradición, están otra vez en guerra. Doscientas leguas alcanza la línea de sus defensas desde los cantiles del mar hasta los montes que dominan la verde plana del Rhin. Son cientos de miles, y solamente los ojos de las estrellas pueden verlos combatir al mismo tiempo, en los dos cabos de esta línea tan larga, a toda hora llena del relampagueo de la pólvora y con el trueno del cañón rodante por su cielo.

II

Las trincheras son zanjas barrosas y angostas. Amarillentas aguas de lluvias y avenidas las encharcan. Se resbala al andar. Los ratones corren vivaces por los taludes, las ratas aguaneras por el fondo cenagoso, y ráfagas de viento traen frías pestilencias de carroña. En el talud de las trincheras los zapadores han cavado hondos abrigos donde se guarecen escuadras de soldados, y en los lugares más propicios para las escuchas y centinelas, silos con miraderos disimulados entre pedruscos y ramajes. Desde estas atalayas se hace la descubierta de las líneas enemigas, y los artilleros, comunicándose por sus teléfonos, regulan el tiro de los cañones, siempre emplazados más atrás que las primeras defensas. Ante los dos fosos enemigos se tienden campos de espinosas alambradas, y hay esguelas donde los muertos de las últimas jornadas se pudren sobre los huesos ya mondos de aquellos que cayeron en los primeros días de la invasión. La tierra en torno está como arada. La metralla taló los árboles y abrasó la yerba. Del fondo de las trincheras surgen cohetes de luces rojas, verdes y blancas, que se abren en los aires de la noche oscura, esclareciendo brevemente aquel vasto

campo de batallas. Corre un alerta desde los cantiles del mar norteño, hasta los bosques montañosos que divisan el Rhin.

III

En las sombras de la noche, largos convoyes que llevan municiones al frente de batalla, ruedan por los caminos. Los cohetes de las trincheras abren sus rosas en el aire, los reflectores exploran la campaña y la esclarecen hasta el confín lejano de bosques y montes. Se muestra de pronto el espectro de un pueblo en ruinas, quemado y saqueado, mientras por la carretera, en el lóstrego del reflector, corre cojeando algún perro sin dueño. Al abrigo de los bosques, filas y filas de carros esperan inmóviles la orden de ruta, con los soldados de la escolta descansando al borde del camino y fumando un pipa de tabaco belga. Se oye el cañón, cuándo lento, cuándo en vivo fuego de ráfagas, y los soldados hacen conjeturas con palabras breves, casi indiferentes. Llegaba un ciclista sonando el timbre tercamente: Trae la orden de ruta que el sargento deletrea a la luz de una linterna, y el convoy se pone en marcha. Todos los caminos de la retaguardia sienten el peso de los carros de municiones, que, escoltados por veteranos, se bambolean con estridente son de hierros. Ruedan con los faroles apagados, informes bajo las estrellas, sumidos unas veces en la sombra de las arboledas, y otras destacando su línea negra por alguna carretera blanquecina y desnuda. Son tantos que no se pueden contar, son cientos y cientos. Ruedan hacia las trincheras lentamente, pesadamente. Cuando pasan cerca de alguna aldea, ladran los perros y alborean los gallos.

IV

Y la luna navega por cielos de claras estrellas, por cielos azules, por cielos de borrasca: Sobre las doscientas leguas de foso cenagoso, los cohetes abren sus rosas, tiembla la luz de los reflectores, y en la tiniebla del cielo bordonean los aviones que llevan su carga de explosivos para destruir, para incendiar, para matar... Ocupan la carlinga alegres oficiales, locos del vértigo del aire, como los héroes de la tragedia antigua del vértigo erótico. Vestidos de pieles, con grandes gafas redondas, y redondos cascos de cuero, tienen una forma embrionaria y una evocación oscura de monstruos científicos. Vuelan contra el viento y a favor del viento, les dicen su camino las estrellas. Unos van perdidos atravesando cóncavos nublados, otros planean sobre el humo y las llamas de los incendios, otros van en la luz de la luna, tendidos en escuadrilla. Aquel que zozobra entre ráfagas de agua y viento del mar, es de un aeródromo inglés, en la Picardía. Y estos que retornan y aterrizan en silencio, son franceses: Partieron en el anochecido, eran siete y no son más que cinco: Tras ellos queda ardiendo un tren de soldados alemanes. Los pilotos saltan sobre la yerba, y se alejan entumecidos, mientras algunos soldados con linternas, empujan los aviones bajo los cobertizos, y vierten cubos de agua en los motores recalentados. Es un campo de aviación a retaguardia de las líneas donde se batalla, en un paraje lleno revestido de céspedes. Ligeras tiendas, grandes cobertizos, alpendes y galpones, hacen rueda sobre la yerba, tienen el color de la noche y se desvanecen en ella: Sólo realza sus siluetas la luna cuando navega por claros cielos estrellados.

V

Granizos y ventiscas en los montes alsacianos y en los Vosgos. —Ya cantó dos veces el gallo. — Las trincheras tienen una cresta blanca, y, soterrados en ellas, vestidos de pieles como pastores, los centinelas acechan el campo enemigo, asomando apenas tras el parapeto cubierto de nieve. Hay

un cañoneo lento, que tiene largas y encadenadas resonancias. La luz de los reflectores vuela sobre las cumbres, llega al fondo de las selvas, ilumina el tronco de los abetos y el albo talud de las zanjás, por donde corren en fila india los soldados que acuden a reforzar las defensas del Hartmannswillerkopf. —El Viejo Armando, en la jerga de los peludos¹.— Sobre el sudario de la nieve, los cohetes abren sus rosas de colores. Entre Thann y Metzeral se ha iniciado un fuego de ráfagas, y en los puestos de escucha, los canes, agazapados a la vera de los soldados, se avizoran.

VI

El sargento de un retén, en lo alto de la montaña, destaca dos centinelas de pérdida: Salen cautelosos, arrastrándose sobre la nieve, se sumen en la noche. La trinchera alemana, toda bardelada y defendida por espínosa red de alambre, está al otro lado de un calvero, no más lejos de cien pasos. Las grandes balas cruzan silbando, y, de tiempo en tiempo, un abeto viene a tierra con sordo rumor de marejada. Los soldados corren en pequeños grupos, la cabeza vuelta, los hombros levantados. Cruje otro tronco. La metralla está segando el bosque: Donde cae una bomba fulmina una llama. Los dos centinelas de pérdida se arrastran cautelosos, y, cuando el lóstrego de los reflectores explora y revela el campo, quédanse aplastados: Con las carnes estremecidas, pisan sobre un montón de cadáveres medio enterrados en la nieve: Al pisar, parece que se les incorporan bajo los calcañares. Los dos centinelas pasan sobre los muertos llevándose su olor: Ya tocan las alambradas, y en aquel momento una violenta sacudida los echa por los aires con las ropas encendidas: El repuesto de cartuchos que llevan en las cananas estalla como una cohetada: Caen ardiendo, simulan dos peleles. De los cascos sale una llama azul. Los soldados franceses, desde sus trincheras, miran el suceso con pena. En el Observatorio de Langenfeldkopf, un teniente murmura hablando con su compañero:

—Los boches han reforzado sus defensas con un cable eléctrico, imitando lo que hicimos nosotros en la Indochina.

VII

Los alemanes, aprovechando la oscuridad de la noche, salen de sus trincheras y llegan a las defensas avanzadas de los franceses. De pronto el ladrido de un perro da el alerta, y la luz de un reflector los descubre arrastrándose sobre la nieve, rota la formación y muy dispersos. Los franceses abren el fuego. Los alemanes, con impulso unánime, se incorporan y corren hacia las líneas enemigas arrojando granadas de mano. Cuando unos caen, otros los secundan: Suben arrastrándose, combaten en oleadas. Los franceses, al abrigo de sus defensas, hacen fuego de fusil. Es una avanzada de veteranos alpinos, y en pocos instantes sólo quedan setenta hombres ilesos. Las granadas caen dentro de la trinchera. Están rotos los hilos del teléfono, y dos soldados se destacan voluntarios para reparar la avería: Estalla una granada, y dobla al uno sobre el otro. Quedan en un escorzo blando, sin horror, como dos hermanos que se besan. El teniente de la segunda compañía, metido en la garita del teléfono, escribe un parte. Se oyen los gritos de los alemanes al penetrar en la trinchera. El teniente dobla el papel y lo sujeta bajo el collar de un perro que espera moviendo la cola: Le halaga, le saca fuera y lo hace rastrear. Parte el can como una centella. El teniente da algunos pasos y tropieza con un herido que se queja caído en el fondo de la trinchera. Otro se venda la frente algo más lejos. El Teniente Breal los anima con una gran voz:

1 Valle-Inclán traduce el *poilu* francés, término que se hizo muy común en esta época para referirse a los soldados de infantería franceses. Procede del argot tradicional: “un brave à trois poils” (Molière), “avoir du poil aux yeux” o “au ventre”..., como referencia a la valentía y la virilidad.

—¡Viva la Francia! ¡Arriba los muertos!

Y los muertos se levantan, y hay una gran basculada dentro de aquel foso lleno de oscuridad, de fango y de tumulto. Dos ametralladoras francesas rompen el fuego sobre el árido descampado por donde avanzan los alemanes. Sus tiros se cruzan metódicamente como una expresión matemática, indiferente y cruel a los hombres. A través de la selva nevada huye la sombra del can: Corre al flanco de un foso, entra por una senda donde están detenidos muchos carros en fila: Aparece y desaparece: Salva de un salto el ramaje de los abetos caídos sobre el camino: Corre con el ijar sobre la tierra: Bajo la luz de los reflectores se agacha igual que hacen los soldados. Vuelve a vérselo sobre la orilla del foso, rastrea, desciende por el talud, se mete por el fondo y, moviendo la cola, entra en una casamata. Dos oficiales escriben a la luz puntiaguda de un quinqué, y el can, haciendo corcovos, se coloca entre ellos, de manos sobre la mesa. El Teniente Rousell le halaga y saca el parte que lleva sujeto en el collar. Comienza a leerlo, y el otro oficial lo va silabeando delante del teléfono:

—Comandancia de brigada.—Transmito parte del Teniente Breal.—2.^a Compañía de Cazadores Alpinos.—Fuerzas alemanas, con un golpe de mano, han conseguido penetrar en nuestras defensas. Me sostengo con los hombres que me quedan, pero necesito ser auxiliado urgentemente. Tengo el mando por desaparición del Capitán Douchesne.—TENIENTE BREAL.

VIII

Entre Thann y Metzeral el cañoneo de tarde en tarde se enrabia, pero luego decae en su terca y lenta medida. Los dos fosos enemigos galgúan por negros bosques y resonantes quebradas, cuándo despeñados, cuándo cimeros. Cruje astillado el tronco de los abetos, y al doblarse bajo la tempestad de nieve y de metralla, el ramaje ciega los caminos. Metzeral está ardiendo, y la vislumbre de las llamas corre sobre las aguas del río: A una y otra orilla, las casas muestran sus esqueletos rojos y humeantes: Caen sordamente los muros y las techumbres. Desde el comienzo de la guerra resplandecen todas las noches las hogueras de Metzeral. En los pórticos de las iglesias, bajo las rotas arcadas, se guarecen mujeres y niños. Las vacas de un establo andan perdidas sonando las esquilas. En las calles abandonadas, se amontonan huchas, camas y ropas. Un matrimonio con dos niños mira arder su casa, al abrigo de otras casas en ruinas. El hombre tiene en brazos al más pequeño, y la mujer llora con los dedos enredados en la mata despeinada. El infante se queja con un balido, y el padre le contempla sin hablar, llenos de tristeza los ojos. A su lado, con la cabeza sobre un cesto boca abajo, duerme una niña: El padre la ha cubierto con su chaquetón, y asómanle los pies calzados con zuecos y medias azules. La madre se levanta con un repente, y descubre el rostro pálido del pequeño.

—¡Se muere! ¡Se muere! ¿No ves que se muere? ¡Ya no tenemos hijo!

El hombre calla, y la mujer mira al marido:

—No puede ser que le tengas constantemente... Debes estar muerto... ¡Dámele!

El hombre mueve la cabeza. Entonces la mujer llora:

—¡Qué horror de guerra! ¡Éramos tan felices!

La pequeña se revuelve bajo el chaquetón, se incorpora sobresaltada, dando gritos:

—¡Se murió nuestro bebé! ¡Se murió nuestro bebé!

El padre murmura sombríamente:

—¡Aun no!

También responde el balido triste. La madre arrebatada al niño de los brazos del padre: El niño tuerce los ojos, tiene una sacudida, y de la nariz afilada le afluye un hilo escaso de sangre negra. La hermana sigue gritando:

—¡Se murió nuestro bebé! ¡Se murió nuestro bebé!

El padre la toma en brazos y pega su rostro contra el rostro de ella:

—¡Calla, hija mía! ¡Calla!

La pequeña comprende, y, sofocando los sollozos, besa suave, suavemente, la barba del padre. Pero luego torna a suspirar:

—¡Se murió nuestro bebé!

Y comienza la madre:

—¡Se lo llevó Dios! ¡Se lo llevó Dios! ¡Se lo llevó Dios!

Tiene el gesto obstinado, y los ojos secos. Con dos dedos oprime los párpados rígidos de su niño muerto. Los cazadores alpinos desfilan hacia las trincheras, pasan sin verlos, encorvados bajo la borrasca de nieve. Se hunde el techo de una casa, y en las calles desiertas resuena el galope de las vacas perdidas, con el tolón, tolón de los cencerros. El cañoneo, terco y lento, no cesa entre las dos hogueras de Thann y Metzeral.

IX

¡Los ecos de la guerra se enlazan desde la costa nortea hasta los montes alsacianos! Al estampido de las bombas surgen las llamas de los incendios: Arden las mieses, y las sobrecogidas aldeas, y las ciudades que lloran al derrumbarse las torres de sus catedrales. Caen miles y miles de soldados en la gran batalla nocturna, y quedan rígidos y fríos bajo el temblor de las estrellas.

Las escuadras se aclaran de pronto: A veces, rompiéndose por el centro para buscar el ataque de flanco, a veces bajo una bomba que estalla y abre en ellas brecha como en el fuerte muro de un castillo. Las ametralladoras cruzan sus fuegos haciendo raya, desgranando sus tiros sobre anchos espacios, arrasan las líneas de soldados: Unos, caen al modo de peleles recogiendo grotescamente las piernas; otros, abren los brazos y quedan aplastados sobre la tierra; otros, se doblan muy despacio sobre el hombro del camarada. Y entre tan diversos modos de morir, se arrastran los heridos oprimiéndose las carnes desgarradas, sintiendo fluir por entre los dedos la sangre tibia, dilatados los ojos con el horror de ser hechos prisioneros. Miles de cañones hacen fuego en batería, y bajo el impulso de los grandes proyectiles, se abre el aire con aquella queja dilatada y profunda que tiene las gatas al parir.

Por caminos que cavaron los zapadores, y alcanzan hasta la línea de fuego, los camilleros conducen a los heridos. El primer socorro se les prestó en la trinchera al amparo de profundas casamatas que tienen charcos de sangre en el piso terroso y el aire impregnado de olor a cloroformo. Sobre la cuneta de las carreteras, procurando el socaire de bosques y colinas, esperan inmóviles, en largas hileras, los carros de la Cruz Roja. Las ambulancias están en la retaguardia, repartidas por los graneros y establos de las quintas, en las salas de los castillos, en los cafés con espejos rayados y tules para las moscas, en las cuevas de los pueblos aun ardiendo. ¡El dolor de la guerra estremece y conforta el alma de Francia!

X

Nieblas espesas en la costa el mar. —Ya cantó dos veces el gallo.— Las estrellas tiemblan sobre la gran plana inundada de las Flandes. Cerca de Furnes, en un estero, la marinería desembarcada de la escuadra forma la vanguardia. Sopla el viento del mar, y la resaca arrastra hacia la orilla los cadáveres amoratados e hidrópicos de algunos soldados alemanes: Flotan entre aguas: Una ola los levanta en la espumosa cresta, otra ola los anega. Sus botas negras y encharcadas se entierran en la arena, sus grandes cuerpos hinchados tumban sordamente. La escuadra de marineros que acordona la playa permanece silenciosa, mirando al horizonte rizado y sin fondo. Son de Normandía y de Bretaña, mozos crédulos, de claros ojos, almas infantiles valientes para el mar, abiertas al milagro, y temerosas de los muertos. Muchos rezan en voz baja, acordándose de las apariciones en los cementerios y en los pinares de sus aldeas; otros trincan aguardiente y humean la pipa; tal vez alguno prueba a cantar. La luna navega en cerco de nieblas, y los cuerpos hidrópicos de los soldados alemanes vienen y van con la resaca.

XI

Un teniente de navío, acompañado de un condestable, baja por la ribera redoblando las guardias. Saluda la marinería, y todos, como niños, sienten que se disipa en presencia del jefe aquel miedo a los que les hace rezar y cantar. Un cabo de cañón sale de la fila y se destaca sobre el camino, la mano a la altura de la sien:

—Con licencia, mi teniente. ¿Nos autoriza usía para ponerles velas?...

Y señalaba los cadáveres de los boches embarrancados en la playa. El teniente comprende y sonríe:

—¿No será mejor enterrarlos?

—Salvo su parecer, mi teniente, mejor es ponerles velas, y que se los lleve el viento.

De un grupo de marineros salen diferentes voces:

—¡Que se los lleve el viento! ¡Que se los lleve el viento!...

Son voces graves, temerosas y atónitas: Su murmullo tiene algo de rezo. Un marinero de la costa bretona se santigua:

—¡Los vivos y los muertos no deben dormir juntos!

El oficial hace un gesto de indiferencia:

—Pues que se los lleve el viento.

—¡A la orden, mi teniente!

El grupo de marineros se dispersa por la playa, y los unos a los otros se van diciendo de quedo:

—¡Hala! A ponerles velas.

Alguno pregunta:

—¿Y el teniente?

—Es el teniente quien lo manda.

XII

La marinería se arremanga y entra chapoteando por el agua llena de fosforescencias. A lo largo de la playa flotan más de cien cadáveres alemanes inflados y tumefactos. Uno hay que no tiene cabeza; otros descubren en el vientre y en las piernas lacras amoratadas, casi negras. Comienza la faena de ponerles velachos con las pértigas y lienzos de las tiendas. Valiéndose de los bicheros, les hacen brechas en la carne hidrópica, y clavan los astiles donde van las lonas. Luego, supersticiosos y diestros, los empujan hasta encontrar calado. Sesgan la vela buscando que la llene el viento, y, al tobillo o al cuello, les amarran las escotas. Los muertos se alejan de la playa como una escuadrilla de faluchos: Se les ve alinearse bajo la luna, y partir hacia el horizonte marino empujados por la fresca brisa que sopla del tercer cuadrante. Pasa un aliento de alegría sobre aquellas almas infantiles y crédulas. Un grumete, con la gorra en la mano, y las luces de las estrellas en los ojos fervorosos, clama en su vieja lengua céltica:

—¡Madre del Señor! ¡Ya no tengo miedo a los muertos!

XIII

Lento cañoneo del lado de Ypres. Por el fondo de la trinchera corre un arroyo de fango; los centinelas se agazapan con los fusiles apoyados sobre el talud; pequeñas escuadras de soldados dormitan en los abrigos cavados a lo largo del foso. De tiempo en tiempo, los pasos del oficial que recorre la línea se detienen a la entrada:

—¡Ánimo, muchachos!

Los soldados se remueven en la sombra haciendo marea, responden runflando, palpan a tientas los fusiles. El oficial se aleja, sigue recorriendo las avanzadas. Muchos peludos, cubiertos con encerados, descansan echados en el fondo de la trinchera, y sobre las cajas de granadas de mano reclinan la cabeza. El oficial pasa entre ellos despacio y tentando con el bastón. De pronto, algún centinela que dormita, se despierta sobresaltado y dispara su fusil. Corre la alarma. Hay fusiladas caprichosas; vuelan los cohetes, y los peludos que reposan en el fondo de la trinchera se incorporan, metiendo la mano en las cajas de granadas. El fuego se extingue lentamente; la línea vuelve a quedar en sombra, estremecida y vigilante, en una espera tensa, que agota más que la lucha.

XIV

No tiene término en la noche la lívida llanura, y, en medio de la bruma, al claro lunar, se revela el espectro de una ciudad bombardeada: La ciudad de Arras. Negras y destripadas humean las casas; la catedral es un montón de piedras; los sillares desbordan por las bocas de cuatro calles y las ciegan: Rosetones y cruces, gárgolas y capiteles mutilados asoman entre los escombros. Las bombas caen abriendo grandes hoyos sobre la plaza de los porches, llena del recuerdo español, y muchas casas, con las puertas abiertas y las ventanas batiendo al viento, muestran la hondura tenebrosa del zaguán, donde se amontonan los ajuares. Se aleja un carromato: Bambolea su carga de huchas, cacerolas y colchones: En lo alto va una cuna.

La ciudad parece abandonada: Hay parajes donde las casas se aplastaron y esparramaron por tierra como los castilletes que levantan los niños, y calles enteras donde los esqueletos permanecen en pie, con las fachadas en escombros, mostrando los interiores burgueses, en una angustia de abandono, llena de gritos de mujeres y llanto de niños asustados que se agarran a las faldas. En una costanilla, al abrigo del bombardeo, cargan otro carromato. Hay un grupo de mujeres que se besan.

El mayoral pone prisa, y al cabo montan en el carro los que se van: Una viuda con dos hijas, dos muchachas pálidas, el cabello despeinado, los ojos llorosos. Llegaron poco hace huidas de Combles. El padre se fue a la guerra, y las dos muchachas están encinta de un soldado alemán.

XV

El carro comienza a rodar, y las tres mujeres se santiguan. Poco después la madre dormita. El carro rueda por una carretera toda en claro de luna: Las muchachas miran con recelo al camino, levantan las lonas, y sus ojos tristes siguen la luz roja de los aviones, que cruzan el cielo como estrellas errantes. Se oye lejano bombardeo, y se siente en torno la fragancia húmeda del heno. De tiempo en tiempo, al borde de la carretera, aparece confusamente una gran mancha de ganado que acampa en el fondo de las praderas; otras veces es una aldea en ruinas. La carretera se alarga sobre la llanura, se alarga infinitamente: Grandes molinos de viento, con las aspas quietas, la miran desde lejos enhiestos sobre los alcores. Se columbran las granjas entre ramajes de un negro vaporoso, rayos de luz se filtran por los resquicios de los postigos, y se adivina el interior lleno de soldados. Una de las muchachas asoma la cabeza por entre las lonas del carro, e interroga al mayoral con la voz llena de pena:

—¿Falta mucho, amigo?

El mayoral responde confusamente, con la pipa entre los dientes:

—Menos que al principio.

La niña sonríe apenas, cierra los ojos y se oprime la cintura:

—¡Se me abre el cuerpo de dolor!

XVI

De pronto el carro se detiene bamboleante, y el mayoral salta a tierra. Vacía la pipa, renegando la golpea contra la llanta de una rueda, y se la guarda en la zamarra. Las tres mujeres se miran asustadas. La madre interroga a las muchachas.

—¿Qué sucede, hijas mías? ¡Ay, qué sueño malo! ¡Qué sueño malo! ¿Pero qué sucede?

El mayoral levanta la lona y saca una pértiga del fondo del carro:

—¡No hay que asustarse, señoras! Es un caballo muerto.

Estaba tendido en medio de la carretera, casi llenándola de lado a lado, rígido, negro, enorme. Tenía rasgado el vientre, y el bandullo fuera, en un charco de sangre pegajosa. El mayoral, metiéndole la pértiga y apalancándola por debajo del costillar, le arrumba a un lado del camino. Queda medio enterrado en la cuneta, con el cuello torcido y las cuatro patas en alto:

—¡Lástima de bestia!

El mayoral salta al pescante y empuña de nuevo las riendas. Las tres mujeres, como al comienzo del viaje, se santiguan y rezan. Cruza una tropa de jinetes indios, los rostros oscuros, los turbantes blancos. Hay largas hileras de carros inmóviles sobre un lado del camino, carros de ametralladoras, carros de municiones, carros de forraje. Son tantos que no se pueden contar. Dos automóviles pasan veloces; dejan un rastro de polvo y gasolina; conducen oficiales del Estado Mayor. Nueva tropa de jinetes indios, nuevos carros inmóviles a lo largo del camino, y una difusa fila de infantes, nebulosos, encorvados, taciturnos. Se apoyan en herrados bastones y llevan la mochila a la espalda. Al atravesar una aldea se oye una gaita de escoceses. Dos viejos rurales

detienen el carro; el mayoral les entrega la orden de ruta, y se la devuelven tras de leerla a la luz de un farol. El carro torna a rodar. Una de las muchachas no cesa en su queja:

—¡Ay, Virgen Santa!... ¡Se me rompe el cuerpo de dolor!

XVII

Ahora, a uno y otro lado del camino, aparecen campos cubiertos de cruces: Se agrandan sus brazos en el vaho de bruma que llena los ámbitos de la noche, y toda su forma se difunde en un halo. Sobre el talud de la carretera reposa larga fila de muertos: Cavan cuatro azadones y se percibe el olor de la tierra removida. Anda un grupo de soldados identificando los cadáveres, y los rostros lívidos surgen de pronto bajo el cono de luz de las linternas. Habla una voz en la sombra:

—¡Aquí hay quien no tiene cabeza!

Y otra voz lejana interroga:

—¿Es una zuavo?

—Un zuavo.

—Le habrá rodado... Yo recuerdo que se la puse sobre la tripa.

Entre la niebla y las estrellas, las figuras, las luces y las voces, guardan el acorde remoto que enlaza la vida y los sueños. Un camillero que pasea la luz de su linterna cateando por la cuneta de la carretera, da una voz hablando a los del otro cabo:

—¡Ya pareció aquello!

Y levanta la cabeza trunca manchada de tierra y de sangre. Otro soldado clava el zapapico en el borde de una cueva que casi le cubre, y salta fuera:

—¡Está abierta la cama para otros tres boches!

Responden del camino:

—¡Allá van!

Los llevan suspendidos por pies y por hombros; los brazos, les cuelgan rígidos; las manos, arañan el suelo. Descansan los azadones, cantan los sapos en el fondo de los prados, y los muertos van al fondo de la fosa. Un capellán castrense bendice la tierra. La tropa se descubre y hace la señal de la cruz. Entre la niebla y la luna danzan las siluetas confusas de dos soldados que apisonan la tierra, y el camillero que ha recogido la cabeza trunca, se limpia en la yerba las manos pegajosas de sangre. Luego, para disipar las ideas tristes, todos trincan aguardiente esparcidos sobre la orilla del camino.

XVIII

El carro se detiene delante de un hospital con tres hileras de ventanas iguales, a la entrada de la villa de San Dionisio. Muchas casas tienen hundida la techumbre; otras, derribado algún esquinale; las acacias de la plaza también muestran las huellas del bombardeo, y son tantas las ramas desgajadas, que cubren el camino como una alfombra. En el hospital, todas las ventanas están sin cristales. Las tres mujeres penetran tímidamente en el zaguán, y una monja halduda, con grandes tocas y gran rosario pendulando de la cintura, les sale al encuentro. Las dos hermanas, al verla, comienzan a sollozar con extrema congoja, y la monja las toma de las manos y las lleva por un corredor blanco, alumbrado, a grandes trechos, por lamparillas de petróleo. Sobre el muro se desenvuelve un vía crucis, y en el vasto silencio de la santa casa, resuena el alarido de una mujer doliente. Las dos niñas, con el pañuelo sobre el rostro, sofocan su congoja, y la monjita habla

consolándolas con una voz balsámica. La madre va detrás, atónita, deshecha, agotada. Pasa presurosa una mandadera con ropa blanca.

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!

Empuja la puerta que hay entornada hacia el final del corredor, y brevemente se ve a otra monja vieja, sentada en una silla baja, poniendo los pañales a un recién nacido. Las dos hermanas vuelven los ojos a la madre y se abrazan a ella crispadas y dando gritos. La profesa las empuja suavemente, las lleva a una sala grande, blanca, cuadrada, fría en fuerza de limpia y desnuda.

XIX

Cuando entra el médico, la monjita se retira a la puerta y espera allí, bajos los ojos y las manos en cruz. El médico es un viejo enjuto, con el gesto apasionado y expresivo de los grandes habladores. Saluda al entrar:

—¿Qué tienen estas niñas?

Luego, viéndolas afligirse, murmura con la voz conciliadora y simpática:

—¡Bueno, ya sé lo que tienen! ¡No se apuren, hijas mías!

Se sienta cerca de la madre:

—Primero será bien que nosotros dos celebremos consejo.

La madre mira obstinadamente sus manos cruzadas, y alza las cejas:

—Sí, señor, sí... ¿Usted ya está enterado...?

—De todo, hijas, de todo... Dicen que es la guerra... ¡Mentira! Nunca el quemar y el violar ha sido una necesidad de la guerra. Es la barbarie atávica que se impone... Todavía esos hombres tienen muy próximo el abuelo de las selvas, y en estos grandes momentos revive en ellos. Es su verdadera personalidad que la guerra ha determinado y puesto de relieve, como hace el vino con los borrachos.

Una de las muchachas murmura crispada:

—¡Es el odio a Francia!

El médico la mira lleno de simpatía y le estrecha la mano:

—Es el odio al mundo clásico, hija mía. Odio de incluseros a los que tienen abolengo.

Aquel viejo enjuto, de ojos hundidos, velados por largos párpados como las águilas, tenía en la voz una sinceridad apasionada que comenzaba a ganar el corazón de las tres pobres mujeres. La madre es blanca, pesada, con el rostro enrojecido por las lágrimas: Hace recordar esas muñeonas ajadas y maltratadas, que desechan los niños. De las dos hijas, sólo la más pequeña tiene los rasgos de la madre. Carolina, la mayor, es alta, delgada, con una palidez lunaria, y los ojos negros, cargados de tristeza. Aun no ha desaparecido por completo la sonrisa de su boca, que debió ser llena de gracia. Tiene el cabello fosco, y cuando lo aparta de la frente, descubre sobre las sienes dos rincones de locura. Enriqueta, la menor, es rubia, muy infantil, y tan blanca y fina de tez, que toda la cara tiene escaldada de llorar. El médico se levanta, mira de cerca el rostro de las dos muchachas, las pulsa, y, finalmente, las ruega que se pongan en pie. Con una mirada seria y profunda las recorre de arriba abajo:

—¡Bueno! Ya estoy enterado... Ahora no conviene molestarlas más. Ahora que descansen. Mañana haremos un reconocimiento detenido...

La mayor de las muchachas se dejó caer en la silla, tapándose la cara con las manos:

—¡Doctor, yo no quiero tener un hijo de los bárbaros!... ¡No quiero llevar este conmigo! ¡Si usted no me liberta de esta cadena, yo me mataré!

Acabó en una crisis nerviosa, torciendo los ojos, rechinando los dientes, y levantándose con grandes botes de la silla, entre los brazos de la madre y la hermana, que habían acudido a sostenerla. Salió de aquel estado pálida, ojerosa, contrita, hablando en voz muy tenue, con una miserable expresión de dolor desvalido, de vida miserable que se acaba:

—¡Haber nacido para esto! ¡Haber vivido para esto!

XX

Cerca del amanecer llega un convoy de heridos. Bajo las acacias desmochadas se tienden cuarenta carros de la Cruz Roja. Falta sitio, y las monjitas belgas, refugiadas en aquel hospital de una villa francesa, ofrecen sus celdas y sus lechos, blancos como altares, para los soldados de la República. Los corredores rebosan de heridos. Yacen las camillas a uno y otro rumbo del muro, formando una vía dolorosa llena de quejas y largos ayes. Algunos heridos leves, pálidos y soñolientos, con los vendajes salpicados de sangre y de barro, descansan en los bancos del locutorio. La escalera está llena de soldados dormidos, con las mochilas por cabezal: Se arrebujaban en pardas mantas, exhalaban un vaho húmedo Son bisonños aspeados, y tan rendidos de fatiga, que, al entrar bajo techado, tiran la mochila por delante y se tumban. Los corredores están llenos de movimiento, de voces y de lodo. En el camino que forman las dos hileras de camillas, los clavos de las fuertes botas militares dejan su impronta. Al ruido de los pasos, una mano, que muestra su lividez bajo la suciedad del barro y de la pólvora, levanta el hule del cabecero:

—¡Me muero de sed! ¡Me muero de sed!

Es una voz sofocada. Se ve la frente envuelta en vendajes de gasa con roeles de sangre fresca, y todo el rostro desaparece bajo los vendajes. De otras camillas se escapa una queja débil, de otras palabras acalenturadas, estertores, gritos de delirio, también hay algunas en silencio profundo, como féretros. Los gritos, las suplicaciones, las frases caóticas devanadas sin tregua, hacen babel. Un herido no cesa de gritar:

—¡Los ingleses! ¡Los ingleses!

Retiembla la camilla, saca los brazos agitando las manos:

—¡Los ingleses! ¡Los ingleses!

Y siempre lo mismo, el mismo sopor inexpresivo en el grito, el mismo pensamiento oscuro dando vueltas como la piedra de un molino. Era más angustioso de oír que una queja desgarrada. Otro herido da voces heroicas; otro, ríe con gran jolgorio:

—¡No te vayas, Juana! Escucha, Juanita!... ¡Ja, ja!... ¡Si no te pellizco!

XXI

En la sala de operaciones, blanca e iluminada, médicos y enfermeros con delantales, no se dan reposo lavando heridas, restañandola sangre, rasgando vendajes. Sobre los tableros de mármol, las lámparas de alcohol levantan sus lenguas azules; los ayudantes desinfectan tijeras y pinzas; el olor del cloroformo, olor a manzanas, satura el aire. El Doctor Verdier murmura mientras desnudan a un herido.

—Me temo que seamos desbordados... Habrá que ver de habilitar la iglesia, porque aquí pronto nos faltará sitio. ¿Y paja? ¿Tendremos paja para hacer camastros?

Está librándose una gran batalla; se oye el bombardeo lejano y constante. Patrullas de caballería, carros de ametralladoras, convoyes de municiones escoltados por tropas de infantes, desfilan sin intervalo por la única calle de la villa, para ir a perderse en la bruma del Suroeste.

XXII

Desde hace muchos días, ingleses y franceses bombardean sin tregua las líneas alemanas, en tierras de Flandes y Picardía. Todos los caminos de la retaguardia están llenos de carros y de tropas: No cesan de cruzar automóviles del Estado Mayor. En algunos parajes el barro es tanto, que los soldados se entierran hasta la cintura, y los carros no pueden rodar. Largos convoyes quedan horas y horas detenidos sobre la cuneta de las carreteras, al socaire de los árboles que desmocha la metralla: Horas y horas, hasta que llega una orden con el cambio de ruta.

La vasta línea del horizonte se abre con el relámpago de los cañones, son tantos, que su claridad se enlaza, y parece un enorme pestañeo de la tierra en tinieblas. Desaparecen los ejércitos en el silo de sus parapetos, y en la negra llanura sin hombres, el estruendo de las bocas de fuego tiene la resonancia religiosa y magnífica de las voces elementarias en los cataclismos. Las tropas acantonadas en la retaguardia, sienten el impulso unánime de correr hacia delante: Los soldados abren el corazón a la victoria, y los caballos saludan con sensuales relinchos el caliente olor de la pólvora. En medio del horror y de la muerte, una vena profunda de alegría recorre los ejércitos de Francia. Es la conciencia de la resurrección.

Los artilleros, enterrados en sus casamatas, regulan el tiro de los cañones con un sentido matemático y devoto, como artífices que labrasen las piedras de un templo. Es la religión de la guerra, y como las almas tienen hermandad, sus palabras son breves: Por la virtud de la sonrisa y la luz de los ojos se comunican en el silencio: Cuando asomados a las troneras, contemplan el incendio de las granadas, cobran aquella expresión radiante que las santas apariciones ponían en el rostro de los místicos.

XXIII

Las bombas caen en lluvia sobre las trincheras alemanas, las desmoronan, las escombran, las arrasan: Es un ciclón de fuego. Y la artillería teutona, si responde rabiosa en unos parajes, en otros calla impotente para cubrir la extensa línea que los aliados atacan. Sus parapetos están llenos de muertos, y los soldados atónitos, huraños a los jefes, esperan el ataque de la infantería enemiga, sin una idea en la mente, ajenos a la victoria, ajenos a la esperanza. Eran los dueños de la fuerza, y advierten oscuramente que otra fuerza superior ha nacido contraria a ellos, contraria a los destinos de Alemania. Una sima profunda se abre en aquellas almas ingenuas y bárbaras, otro tiempo llenas de fe. Los jefes sienten la muda repulsa del soldado, el desasimiento de la tierra invadida, el anhelo pacífico por volver a los hogares: Y a los que están en las trincheras se les emborracha para darle bríos, y a los que sirven las ametralladoras se les trinca con ellas porque no puedan desertar, y el látigo de los oficiales que recorren la línea de vanguardia, pasa siempre azotando.

XXIV

El grito enorme de la batalla estremece toda la tierra picarda. Las aldeas están llenas de soldados, de caballos, de carros de municiones: En las esquinas hay puestos de café caliente, y los

ventorrillos de las carreteras, iluminados por una luz de petróleo, rebosan de uniformes: La lumbre de las pipas abre rojos reflejos en las caras que gesticulan en un vaho de humo, y se enraciman delante del mostrador. De tarde en tarde un soldado sale a la puerta, mira al cielo y tiende la mano para cerciorarse de la lluvia. A lo largo del camino, carros de ametralladoras, carros de forrajes, carros de municiones, carros de artillería, esperan la orden de ruta: Cruzan automóviles con oficiales, y se pierden rápidamente en la niebla: Cruzan ciclistas con el fusil en banderola, jadeantes, obstinados sobre los pedales, y patrullas de caballería, y escuadras de infantes. Canta en la noche una gaita de escoceses; los cohetes abren sus rosas en el aire; los reflectores exploran la campaña, y los carros vuelven a rodar deshaciendo las carreteras. Tres hogueras, tres grandes hogueras, rojean sobre la llanura: Tres aldeas que los alemanes, al retirarse, han puesto en llamas.

XXV

Algunos artilleros duermen sobre el heno, en el establo de una granja, y el imaginaria da voces golpeando en la puerta:

—¡Orden de partir! ¡Orden de partir!

Se saca el ganado tirando de las colleras, y se engancha a tientas. Llueve. Los artilleros, malhumorados, van de una parte a otra como sombras:

—¡Cochino tiempo!

Se tropiezan, se injurian, hacen estallar los látigos sobre las ancas de los caballos. Una voz interroga:

—¿Se sabe adónde vamos?

Y otra voz responde:

—¡Al baile de las peladillas!

—¡Qué noche de aguas!

Los caballos alargan el cuello sacudiendo las orejas bajo la lluvia. En la oscuridad, los hombres y las bestias con su halo de niebla, tienen una lentitud incorpórea. No puede distinguirse quién habla, y las voces están llenas de vaguedad, como si viniesen de muy lejos:

—¡Cochino tiempo y cochina guerra! ¡Cuándo acabará todo!

—¡Esto no acaba nunca!

Un soldado grita enfurecido:

—¡Sooo!...¡El diablo tiene este ladrón! ¡Sooo, Fanfan!

Los conductores en el pescante de los carros, templan las bridas y restallan el látigo. La batería está formada sobre la carretera fangosa. En una esquina, al abrigo de la iglesia, brilla el anafre de una vieja que vende café y aguardiente a los soldados, que, inclinados sobre el cuello de sus caballos, le tienden los vasos. La vieja va de unos en otros con la mano puesta sobre la faltriquera llena de calderilla:

—¡Buena suerte, mocines!

La batería rueda por la carretera llena de baches, entre ráfagas de lluvia, y ráfagas de viento que aborrasca la crin de los caballos. La oscuridad es tan densa, que los artilleros, sentados sobre los armones, no alcanzan a ver el tiro delantero, y la silueta del guía aparece apenas como una sombra indecisa y movediza. Los soldados guardan silencio, entumecidos y desalentados. De tarde en tarde, un gruñido:

—¡Cochino tiempo!

—¡Cochina guerra!

—¡Y esto no acaba nunca!

—Esto lo acabarán las mujeres.

Un soldado destapa la cantimplora del aguardiente, y se la ofrece al que va a su vera en el armón. El otro trinca:

—¡Es un viaje de recreo! ¿Y adónde nos llevarán los señores?

—Adonde no hagamos falta. En llegando, nos mandarán retirarnos.

—¡Si tuvieran goteras los autos del Estado Mayor!

Los armones rebotan en los baches. El barro salpica la espalda de los artilleros. El látigo estalla sobre las grupas de los caballos que galopan contra el viento y la lluvia, levantada la ola de la crin.

A lo largo de las líneas hay un silencio lleno de recelos. Se oye el resoplar de un tren que derrama su cabellera de chispas en la cerrazón de la noche.

XXVI

¡Las Argonas! ¡Lluvia y viento! ¡Lluvia y viento a todo dar de Dios! Una silenciosa escuadra de peludos avanza en fila india chapoteando en el barro de la trinchera. El cabo explora el camino con una linterna sorda que abre ráfagas de luz en la negrura del foso. Son diez y seis hombres tristes y entumecidos, diez y seis voluntades sumisas al destino de Francia. Avanzan por la trinchera anegada, resbalando, cayendo, levantándose, cubiertos de cieno, resignados al viento, a la lluvia y a la muerte. De tiempo en tiempo, entre el sordo rumor de su marcha, se percibe el entrechoque de palas y zapapicos. En algunos parajes, la tufarada de podredumbre escalofría las carnes. En otros, el fuego de los cañones alemanes ha removido la tierra a tal extremo, que de la trinchera no queda el más leve vestigio, y los soldados se extravían en un lago de barro. Tomin, el cabo de la escuadra, explora el campo, y en voz baja da órdenes para abrir el desagüe. Los soldados trabajan con una resignación sombría, y un poso de odio para aquellos que invaden la tierra francesa: ¡Aquellos soldados chatos y brutales que cantan como salvajes, que combaten borrachos, que soportan el látigo de los oficiales, que son esclavos en una tierra donde aun hay castas y reyes! Para los soldados franceses, el sentimiento de la dignidad humana se enraíza con el odio a las jerarquías: La Marsellesa les conmueve hasta las lágrimas, y tienen de sus viejas revoluciones la idea sentimental de un melodrama casi olvidado, donde son siempre los traidores, príncipes y reyes.

XXVII

Los diez y seis hombres de la escuadra trabajan en silencio: Están a pocos pasos de las líneas alemanas y el más leve rumor puede descubrirles: Abren una zanja que en pocos momentos se atuye de agua fangosa. Las alambradas rotas y retorcidas salen de entre el barro desgarrándoles la carne, y cavan enredados en ellas. Cuando los cohetes se encienden en el aire, los peludos franceses quedan inmóviles en el lago de cieno. De tarde en tarde una ametralladora perdida en la noche, desgrana sus truenos: El sonido se esfuma a intervalos en las ráfagas del viento y la lluvia, tiene repliegues profundos como si tomase la forma quebrada del terreno: Se revela de pronto, y de pronto se amengua, en una línea llena de dramatismo. Los soldados prolongan la zanja hasta un barranco, y el agua se precipita haciendo torrente. Comienza a perfilarse la forma de la trinchera. Aparecen algunos muertos enracimados en el fondo, y los soldados van sacándolos de entre el cieno y alineándolos sobre el talud. Desentierran dos ametralladoras retorcidas como virutas. El cabo mete su linterna por la boca de los abrigos: La luz tiembla sobre el agua dormida, las ratas trepan

asustadizas por el muro de tierra, y unas botas negras e hinchadas rompen el haz de la charca. Las aguas hacen un círculo en torno. Los pies del muerto tienen un ligero vaivén. El cabo murmura:

—Dejaremos para mañana achicar el agua.

Un peludo se acerca, y mete la cabeza atisbando por detrás del cabo:

—¡Aquí parece que no se ha salvado ninguno!

El cabo le mira por encima del hombro:

—¡Las ratas!

—¡Esos ya descansan!

—Pues tú no te cambiarías por ellos... Y al cabo, si no hoy, mañana, todos estaremos así.

Se alejan encorvados bajo el temporal. Se oye el rumor del agua que baja al barranco.

El soldado murmura:

—¡Si la guerra acabase!...

—¿Tú, qué gente tienes allá abajo?

—Mujer y tres hijos. ¿Y tú?

—¡Nadie!

—¿Eres soltero?

—Soy divorciado.

El cabo mete la linterna por la boca de otro abrigo. La luz tiembla sobre el agua negra. Un perro de lanas nada teniendo en los dientes el brazo de un cuerpo que se hunde. Se ve la mano lívida. El perro nada hacia la luz.

XXVIII

Palidecen las estrellas del alba, y comienza el relevo de tropas en todo el frente de batalla. Las columnas de soldados avanzan por cientos de caminos. Los que van a las trincheras fuman ahincadamente la pipa, y distraen los ojos sobre la campaña, hablan con ingenua sonrisa, tienen el rostro encendido del frío, y el mirar sereno. Por las carreteras se perfilan los largos convoyes: Unas veces, inmóviles, tendidos a lo largo de los pueblos bombardeados; otras, rodantes; otras, descansando a la sombra de las alamedas. Los soldados que tornan de las trincheras caminan en silencio, dispersos, rezagados, cubiertos de barro, el rostro en gran palidez, y los ojos atónitos bajo el ceño obstinado. Las formas de las cosas se revelan en la luz indecisa del alba. Negros trenes cargados de tropas cruzan sobre puentes de bruma, con gran estrépito de hierros: Huyen por las llanuras, aparecen y desaparecen entre boscajes, jadean por altos terraplenes. A retaguardia del enorme foso que ondula desde el mar a los montes alsacianos, los pueblos bombardeados salen de la noche con la expresión trágica de la guerra. Ciudades cercadas por serenos ríos, villas sobre provinciales carreteras, aldeas entre prados, levantan sus ruinas frente al campo de batalla. Las casas, negras del incendio, con la techumbre hundida entre los cuatro paredones, y desmoronándose las tripas de cascote, son ruinas de una emoción árida y acongojada. Muchas ya tienen su recinto lleno de ortigas y lagartos.

Los cementerios militares se tienden a la vera de los caminos, entre los pueblos quemados y saqueados. —¡Campos de cruces, húmedos campos de aquel verde triste y cristalino que tiene la emoción remota y musical del divino sollozo con que se ama!— Los cementerios marcan la línea de las batallas, y las tumbas francesas y las alemanas están cavadas a la par. La bruma del alba se sutiliza sobre las ruinas, se desgarran en las cruces, vuela ingrávida sobre el enorme foso desde los montes alsacianos a las marinas flamencas, y en este lívido tránsito de la noche al día comienzan a

perfilarse las formas de los muertos. Hay parajes donde se amontonan, y otros de muchas leguas llenos del canto de los pájaros, como olvidados de la matanza. Este momento frío y gris, en que el soldado al salir de las tinieblas de la noche, mira en torno suyo los compañeros muertos, las ametralladoras rotas, la trinchera desmoronada, es el más deprimente de la guerra. Las tropas vuelven de las trincheras a sus alojamientos con una expresión de trágica demencia. Y al ventero, delante de la puerta donde se detienen a beber un vaso de vino; y a los viejos que labran los campos; y a las mujeres que guían un carricoche; a todos cuantos preguntan de la batalla, responden con el mismo gesto obstinado, con la misma voz apasionada:

—¡No pasarán!

XXIX

Esta misma hora es de nieve y ventisca en los montes alsacianos, de niebla espesa en el mar, de fría lividez en la Champaña... Pero en las doscientas leguas de foso cenagoso, lleno de ratas y de resplandores, donde el peludo tiritita con las manos doloridas sobre el fusil, estallan las bombas desmoronando los parapetos, desgranando las ametralladoras sus truenos, se abre el eco profundo de las minas. Hay parajes llenos de ardor, de ira y de tumulto, que repentinamente quedan en silencio con sus largas hileras de muertos aplastados sobre la tierra. Grandes vuelos de cuervos se abaten bajo el cielo del alba. Se queja el herido oculto en la maleza, y el que se arrastra por el borde del camino, y el otro cubierto de sangre, que se recuesta sobre el talud de la trinchera, y aquellos tan pálidos, con la frente vendada, que abren los ojos sobre el cabezal de las camillas. Las patrullas exploran el campo, y por las mil trochas que arriban a la línea de fuego, van los soldados en difuso deslayo. Para no resbalar en el lodo se apoyan en fuertes maquillas, y por los distintas trochas los camilleros vienen y van. En alguna casamata, a la redonda de la estufa donde hierve el agua del café, los oficiales conversan de guerra y de mujeres. Son jóvenes, y para la vida y para la muerte tienen una sonrisa llena de gracia inconsciente, como en el tiempo de la gran Revolución.

XXX

En la retaguardia velan los Cuarteles Generales. Suena de continuo el timbre del teléfono: Llegan soldados ciclistas cubiertos de lodo con un vaho de niebla: Se reciben noticias del frente de batalla, se transmiten órdenes, y los oficiales se encorvan consultando las grandes cartas geográficas. Cuando alguna vez nombran a los alemanes, lo hacen sin odio y sin jactancia, pero con aquel íntimo menosprecio que tuvo el latino por los pueblos extraños. —Para el alma francesa, armoniosa y clásica, el teutón continúa siendo el bárbaro.— Los timbres eléctricos no dejan de sonar, y todo se hace despacio, con medida, sin nervios. De tarde en tarde aparece en la puerta de la vasta sala un oficial que saluda cuadrándose: Viene de la obscuridad, del barro, de la lluvia, y trae un pliego. El general le estrecha la mano y le ofrece una taza de café caliente. Después le ruega que hable, con esa noble cortesía que es tradición de las armas francesas. Y otra vez los timbres, y las órdenes breves, y el esperar atentos.

XXXI

Sobre la gran llanura picarda, la batalla se encrespa. Por el laberinto de zanjas cavado a retaguardia de la primera línea de trincheras, y camino para llegar a ellas, avanzan escuadras de infantes ingleses y franceses, que corren en fila india, resbalando y chapoteando en el barro,

anhelantes por llegar. Las bombas alemanas ruedan, encendiendo los aires en el caos gris de la niebla, y estallan, desmoronando los taludes. En algunas ocasiones queda cegado el paso, y la tropa desfila bajo la descubierta del fuego enemigo, ligera y dispersa. El vasto campo de la batalla se les aparece de pronto, nebuloso y profundo, estremecido de instante en instante por las lumbres y el trueno de los cañones. Agazapándose, entran otra vez en el laberinto de zanjas, y caminan enterrados en el barro hasta las corvas, pero con un aliento nuevo. Pelotones de infantes arriban a la primera línea de trincheras por diversos caminos y en distantes parajes; el laberinto de zanjas es un hormiguero de hombres. Sobre el talud que da vista al campo enemigo, las escuadras alinean sus fusiles, y hacen fuego por descargas. Los torpedos, al estallar, destruyen los parapetos y sepultan a los hombres; trazan en el cielo su lenta curva; caen humeantes; abren hoyos profundos. Y, en el fondo de la llanura, flamea sobre el cielo negro el resplandor de tres aldeas en llamas, rodeadas de clamores: Un cerco de mujeres trágicas que abrazan a sus hijos, y de viejos que levantan los brazos.

XXXII

Filo del amanecer, la infantería de los aliados se lanzó fuera de sus trincheras, asaltando las defensas alemanas. Los soldados, tendidos en ala, corren con la cabeza baja, alentados por el fuego de la artillería; resbalan, caen, chapotean, salvan las zanjas, se desgarran en las alambradas. Alguna vez, en los socavones de las balas desaparecen, sumiéndose lentamente, y el agua fangosa hace remolino en torno de los cascos. Sólo las manos asoman pidiendo auxilio, tan hondo cavaron las balas en la tierra. Hay parajes que son verdaderos tremedales. Las ametralladoras alemanas cruzan sus fuegos, y filas enteras caen como si se doblasen. En medio de la humareda, algunos soldados, muy destacados, siguen avanzando a la carrera, la granada en el puño. Las columnas de asalto se suceden en oleadas: Los muertos quedan atrás, aplastados sobre la tierra, medio desnudos, desgarradas las ropas por las explosiones: Los heridos se arrastran por las esguebas, buscan dónde cobijarse, y, hallado el seguro, levantan sus clamores pidiendo socorro:

—¡Nadie me vale! ¡Nadie me vale!

—¡Una gota de agua!

—¡Camilleros! ¡Camilleros! ¡Camilleros!

—¡Y me dejáis morir!

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—¡Nadie me vale! ¡Nadie me vale!

La niebla está llena de estas voces perdidas, empuñadas de dolor; pero las olas de soldados siguen atravesando la llanura, corren de cara a las trincheras alemanas atuídas de muertos, y arrojan sus granadas, y dan voces con la dramática alegría de la guerra. La llamarada de las aldeas, flameando sobre el cielo negro, pasa sobre sus ojos, y les cubre el alma de un impulso de ira resplandeciente.

—¡Boches! ¡Bárbaros boches!

XXXIII

¡Qué cólera magnífica! ¡Qué chocar y rebotar, qué mítica pujanza tiene el asalto de las trincheras! ¡Y qué ciego impulso de vida sobre el fondo del dolor y de la muerte! ¡Cómo la gran batalla se quiebra y disloca en acciones parciales, en marchas, en flanqueos, en sorpresas, hasta desvanecer por completo su visión estelar en el tumulto del cuerpo a cuerpo, y acabar en un grito que es como el canto victorioso del gallo! Pero el pensamiento matemático, más fuerte que las vidas

y las muertes, permanece inmutable en todas las formas de la batalla; es una ley en el tumulto de la trinchera, como en el tiro de la artillería. Todas las acciones diversas e imprevistas que sobrevienen, hallan un enlace armonioso en este formidable acorde. La guerra tiene una arquitectura ideal, que sólo los ojos del iniciado pueden alcanzar, y así está llena de misterio telúrico y de luz. En ninguna creación de los hombres se revela mejor el sentido profundo del paisaje, y se religa mejor con los humanos destinos. Por la guerra es eterna el alma de los pueblos. La lujuria creadora se aviva por ella, como la antorcha en el viento que la quiere apagar. Sólo la amenaza de morir perpetúa las formas terrenales, sólo la muerte hace al mundo divino. Si en las claras entrañas de los cristales no se engendran hijos es por su ilusión de eternidad, y las entrañas de la mujer son fecundas porque son mortales. Los monstruos gigantescos que rugieron ante la caverna del adamita, y fueron amenaza para todos los seres vivos, perecieron porque la lujuria se enfrió en ellos. Como eran llenos de fuerza y de dominio, estaban libres del terror de la muerte, y ninguna voz de la naturaleza pudo advertirles que no eran eternos. La muerte es la divina causalidad del mundo. ¡Y qué mística iniciación de esta verdad tan vieja se desvela en la guerra! Aquella ciega voluntad genesiaca que arrastra a los héroes de la tragedia antigua, ruge en las batallas.

XXXIV

La infantería avanza en negras oleadas; retiembla la tierra bajo el golpe uniforme de las ferradas botas; hay un coro de voces profundas:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

Una convulsión recorre la trinchera, y perdura vibrante en el tintineo de las bayonetas. Los alemanes gritan:

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Son miles de voces. Asoman apenas las puntas de los cascos, y los franceses las aplastan a golpes de granada. Al abrigo de la trinchera, desmoronada y llena de muertos, los alemanes hacen fuego de repetición. Acompasados, se echan los fusiles a la cara, y disparan. Innumerables lagartijas de llama rasgan las tinieblas. La ola de asaltantes, zuavos y legionarios extranjeros, penetra en la trinchera, y un bramido bestial los acoge. Las granadas ponen fuego en las yacijas de paja y en los capotes de los muertos, y el humo y el olor de la carne chamuscada sirve de fondo al clamor de los heridos. Un soldado alemán, envuelto en llamas, corre a través del campo dando gritos. El incendio, que rampa solapado por el fondo de la trinchera, a momentos, bajo el golpe de las granadas, se aviva y surge, llenando de reflejos las puntas de los cascos y el acero de las bayonetas. Se revela el rostro de los soldados, pálidos, salpicados de sangre, cubiertos de lodo, con los ojos agudos como puñales. La artillería de los aliados bombardea el campo que se extiende a retaguardia de la trinchera, y su fuego de cortina cierra el paso a las reservas que acuden a reforzar la primera línea. Los heridos alemanes se incorporan suplicantes:

—¡Franceses! ¡Franceses! ¡Camaradas!

Los que restan ilesos arrojan los fusiles y levantan los brazos:

—¡Camaradas! ¡Camaradas!

Forman grupos sombríos, atónitos, con una torva expresión de desamparo. La derrota los embrutece y envilece:

—¡No somos prusianos! ¡Somos bávaros!

Y otro grupo, arrodillado en el fango, con los brazos en alto:

—¡Los bávaros no queríamos la guerra! ¡Franceses! ¡Franceses! ¡Camaradas!

Perdida la esperanza de vencer, ciega como un instinto, ingenua y brutal, parecen bueyes desalentados. Los franceses les conceden cuartel con el gesto orgulloso de la victoria.

XXXV

Las tropas inglesas atacan en la izquierda del Ancre. Cientos de cañones, tronando al mismo tiempo, abren sus rojas golas en la bruma del amanecer, y tiembla sobre la tierra un arco de luz. Dura hace tres días el bombardeo, dominador y tenaz como el alma de la vieja Inglaterra. Las tropas acantonadas en la retaguardia, duermen pesadamente en un sopor de olvido, y, cuando llega la hora, el silbato de los sargentos las despierta: Se incorporan con rumor de ganado, los ojos cargados de visiones: Antes de partir, a la redonda de los bagajes, beben su taza de café caliente, el fusil al hombro, la mochila a la espalda. Con paso uniforme van por las carreteras en columna de a cuatro; los capotes mojados despiden un vaho acre, y, a poco de iniciada la marcha, ninguno habla. Las jornadas parecen interminables para el soldado cuando camina así, encerrado en la fila, viendo de continuo la espalda del que marcha delante, sintiendo escurrir por la carne el agua que gotea del casco. Es un deseo de llegar a la línea de batalla, de estrechar entre las manos el fusil que adormece el hombro dolorido, de sentirlo caliente y palpitante como una vida. Produce la angustia del mareo el monótono compás de los pasos: ¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

XXXVI

Al amparo de nieblas y tinieblas, las tropas alemanas abandonan las trincheras que la artillería enemiga desmorona y aplasta. Inician una retirada sigilosa, y aun cuando para encubrirla sostienen el fuego en algunos sectores, las patrullas inglesas, que mantienen el contacto, descubren la maniobra. Los cañones alargan sus tiros, y comienza el bombardeo de la segunda línea. Los reflectores esclarecen el campo, y, bajo el cielo nebuloso del alba, pasa un vuelo de aviones. Los alemanes se tienden en tierra, cercados por una cortina de fuego; los aviones los descubren, y las granadas comienzan a caer sobre ellos. Entre nubes de humo y turbonadas de tierra, vuelan los cuerpos deshechos: Brazos arrancados de los hombros, negros garabatos que son piernas, cascos puntiagudos sosteniendo las cabezas en la carrillera, redaños y mondongos que caen sobre los vivos, llenándolos de sangre y de inmundicias. Los alemanes, viéndose descubiertos, comienzan a gritar:

—¡Ingleses! ¡Ingleses! ¡Piedad! ¡Piedad, que somos hombres!

Es un mugir de espanto como en los eclipses de sol tienen los toros en la dehesa. Sobre el horizonte tiembla de continuo el resplandor de la batalla, y el tronar de la artillería parece una voz que saliese de los abismos de la tierra.

XXXVII

La caballería india, distribuida en fuertes escuadras, espera tras la línea de ataque; un estremecimiento la recorre; espuelas y sables se entrechocan. Los caballos levantan las orejas y abren la nariz al viento, alguno se encabrita y corre por la campaña rebotando al jinete entre los dos borrenes. En la media luz del alba blanquean los turbantes, y se mueven las siluetas, llenas de armonía bélica como figuras de un friso. Palidecen las estrellas, y el rojo resplandor de los incendios se levanta sobre el horizonte. Es el momento en que la caballería india se lanza, con la rienda suelta, para hacer prisioneros. El galope de los caballos sacude la tierra con un vasto rumor

lleno de evocaciones antiguas. Los jinetes corren con los sables en alto, los ojos ardientes, la boca estremecida por una sonrisa blanca que descubre los dientes. Los alemanes, viéndoles llegar, levantan los brazos:

—¡Piedad! ¡Piedad!

Los jinetes indios pasan acuchillándolos, y revuelven los caballos con los sables siempre en alto. El corvo tajo fulgura feroz sobre los turbantes. Resuena un grito de asombro y de cólera:

—¡No dan cuartel! ¡No dan cuartel!

Los alemanes retroceden empuñando los fusiles; miran llegar a los jinetes entre nubes de humo, y, parapetados en los socavones de las granadas, hacen fuego. Se encabritan los caballos, y corren por el campo con largo relincho, el belfo palpitante, afrontados los ojos, levantada la crin. Una montura, con la rienda suelta, galopa espantada arrastrando al jinete, que va caído sobre la grupa, sin turbante, flotando la melena negra como el ala del cuervo, y un borbotón de sangre sobre el pecho. Los alemanes, entre descarga y descarga, levantan un terrible grito:

—¡Muera Inglaterra!

Los jinetes indios revuelven los caballos y sonrén crueles bajo el resplandor de los sables. Dan la última galopada sobre un campo de muertos, y se tornan a su real.

XXXVIII

El Cuartel General de Sir Francisco Murray, veterano de las guerras coloniales, está en un palacio de estilo neoclásico, en el fondo de la Picardía. Al Cuartel General llegan de continuo las nuevas de la batalla. Bajo la gran avenida de álamos se cruzan los automóviles del Estado Mayor. Los ordenanzas hablan con los soldados ciclistas que, prontos a partir, esperan al pie de la escalinata. En las vastas salas, apagadas y desiertas, resuena el timbre de los teléfonos. Cuatro oficiales trabajan en la biblioteca, que tiene las paredes cubiertas de planos militares, y en una estancia inmediata termina la conferencia de dos generales. Aparecen en la puerta de la biblioteca con los habanos encendidos y una sonrisa jovial. El más viejo tiene grandes bigotes canos y ojos de claro azul infantil enfoscados bajo las cejas. La frente, de una gran blancura, contrasta con las mejillas atezadas y llenas de arrugas. El otro es alto, fuerte, encendido, con anteojos de oro y un gesto de imperio en la boca rasurada. El viejo, interroga:

—¿Hay noticias de los franceses?

Uno de los oficiales revuelve los papeles que tiene delante, y le alarga una hoja:

—Aquí está el comunicado, mi general.

—¡Bueno! ¿Qué dice?

—Entre ayer y hoy han hecho seis mil prisioneros.

El general joven interrumpe:

—Nosotros no habremos hecho ninguno... No haremos prisioneros en muchos días.

Los oficiales se miraron, y uno aventuró:

—Sin embargo, ayer y hoy nosotros también hemos tenido un gran triunfo.

El General Murray hizo un gesto de asentimiento:

—Pero sin prisioneros.

Sir Guillermo Scott, el general viejo, reía con risa cascada, al mismo tiempo que se llenaba una copa de whisky:

—¡Sin prisioneros! ¿Verdad, señores, que los partes sin prisioneros son poco decorativos?

Sir Francisco Murray le miró como se mira a un niño:

—Dejemos lo teatral para los alemanes. Nuestros partes son partes ingleses. En muchos días, no haremos prisioneros, porque es preciso castigar la felonía de aquellos prusianos que se acercaron gritando que se rendían, y a mansalva, seguros de que los ingleses no pueden tirar contra el enemigo que se entrega, atacaron nuestras trincheras con granadas de mano.

Sir Francisco Murray hablaba despacio, con un dejo de disgusto. Uno de los oficiales interrogó:

—¿Mi general y cuánto tiempo durará la orden de no conceder cuartel?

—Debía durar hasta el fin. El Imperio Alemán ha faltado a sus pactos, ha faltado a las leyes de la guerra, ha faltado a todos los usos del Derecho de Gentes... Pero ahora han sido los soldados quienes olvidaron y mancillaron el honor militar como una tribu salvaje, y hemos de imponerles el castigo impuesto tantas veces por nosotros en África y Oceanía.

Sonaba el timbre del teléfono, y uno de los oficiales se levantó. En la biblioteca todos callaban. La luz del aba rayaba en los postigos de las ventanas, y parpadeaban las luces: Se advertía en todos los semblantes la huella del insomnio. El oficial que había acudido al teléfono apareció en la puerta:

—Se confirma nuestro avance. ¡Una gran victoria sin prisioneros!

XXXIX

En el ápice de la noche y el día, sutiles nieblas vuelan sobre los ateridos Campos Cataláunicos. Tras las nieblas se perfila la masa de un ejército. Ruedan los cañones y galopan los caballos con rumor sonoro, que se difunde por la vasta plana endurecida de la helada, y limitada en su lejanía por azulados bosques. Los oficiales de órdenes caracolean sus caballos al detenerlos frente a los batallones, tendidos en línea bajo las banderas desplegadas. El General Gouraud revista las tropas, y decora las banderas con la Legión de Honor. Tiene un brazo cercenado, y el rostro curtido por todos los soles, la mirada exaltada y mística, con una luz azul de audacia sagrada. Besa las banderas al imponerles la cruz, y las banderas, rasgadas por la metralla enemiga, flamean sus jirones sobre la figura mutilada del General. Son de una emoción hermana y ejemplar las banderas desgarradas y aquel soldado manco estropeado en la guerra. Cantan los clarines con claras voces, desfilan al galope los jinetes, hacen salvas los cañones, y adelantan las escuadras de infantes acompasando el paso al redoble de los tambores. Una emoción religiosa cubre la vasta plana, y las sombras antiguas ofrecen sus laureles a los héroes jóvenes de la divina Francia.

XL

Ypres y Arras, Verdún y Reims, Thann y Metzeral, son grandes campamentos. A lo largo de las carreteras, bajo los árboles desmochados, en la puerta de los ventorros, por los establos de las granjas, todo a la redonda de las heroicas ciudades, está lleno de soldados. Patrullas de caballería, con grande y sonoro estrépito, galopan por las carreteras y atraviesan los dormidos burgos. En el fondo de los bosques, soldados con el torso desnudo sacrifican vacas y novillos. Las reses muertas cuelgan de las fuertes ramas, y las que van a morir rebullen acobardadas, dando tirones al ronzal. Por los verdosos y nebulosos ríos bajan los barcos hospitales. Atracan en los remansos para sepultar a los muertos, y vuelven a navegar, sonando una campana.

Grupos de soldados, a la puerta de los alojamientos, limpian las armas, almohazan los caballos, aparejan los tiros y estiban las municiones en los carros. Escuadras de infantes vivaquean en el lindero de los bosques: Algunos se bañan en los arroyos: Otros, a la puerta de los albergues,

entre los carros y las yuntas, fuman sus negras pipas, mientras los fuertes frisonos de redondos cascos, trituran el pienso de avena, sepultado el hocico en un talego, y humillada la cerviz.

Ruedan los convoyes en la niebla del amanecer, despacio, con un vaivén pesado. Bajo la lona sucia se perfila la forma rígida de los cañones, y en el izquierdo del tiro cabalga algún soldado veterano, de rojo mostacho partido en dos pábilos, y ojos aldeanos, claros ojos acostumbrados a mirar muy lejos, como los del marino, pero menos bruscos, y más llenos del amor de las cosas. Por todos los caminos que conducen al frente de batalla desfilan los largos convoyes, y, para disimularlos a la escudriña de los aviones enemigos, los carros van cubiertos de ramajes: Desfilan abriendo hondas rodadas, y las escoltas, repartidas a uno y otro lado, marchan en silencio. Los carros verdeantes de las ametralladoras tienen un vivo traqueteo, y entre unos y otros ruedan los que conducen las pesadas y plomizas cajas de municiones.

En la retaguardia de las trincheras se tienden bosques quemados por los gases asfixiantes, granjas saqueadas, aldeas en escombros, iglesias con el campanario mocho... Es una sucesión de imágenes desoladas que no se interrumpe desde la costa norteña a los montes de Alsacia. En los atrios de las viejas ciudades estallan las granadas, caen las piedras de las catedrales, los pórticos coronados de santos tiemblan en sus cimientos, se rompen los rosetones, y las golondrinas vuelan asustadas por las naves desiertas. En la luz del día que comienza, la tierra mutilada por la guerra, tiene una expresión dolorosa, reconcentrada y terrible.

ESTE LIBRO
ACABÓ DE PUBLICARSE EN
MADRID
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
CALLE DEL CARDENAL CISNEROS, 10
EL DÍA 30 DE JUNIO
DE MCMXVII.

EN LA LUZ DEL DÍA

I

El sol del alba da su luz a los horrores de la guerra. Un vasto rumor de voces y de conciencias, más ardiente que el viento del desierto, pasa sobre la dulce y atarazada Francia. Se siente el temblor de las almas como tremolar de gloriosas banderas, y el afán de los corazones tiene en el aire una vibración más pura que la luz. Grandes ejércitos de rubios bárbaros vigilan agazapados en los fosos de su atrincheramiento, y miles de soldados franceses que van por caminos, desaparecen en las revueltas, se pierden en la sombra de los bosques, se ocultan al trasponer las lomas. La pequeñez del hombre en el paisaje adquiere la angustia de una verdad desconsoladora y final. Vuelan nubes de humo entre relampagueos y súbitas llamas, el tumulto de la batalla pasa sobre los campos estremecidos y llenos de ecos, con sus aldeas abandonadas, sus puentes rotos, sus granjas en llamas. No se ven los ejércitos y los campos parecen en soledad. Es la guerra sin el tropel y la furia, la guerra de una matemática cruel que tiene la ciega voluntad de los astros.

Y en la clara turquesa matinal, el vasto rumor de voces y de conciencias, se levanta como un arco de alianza sobre la dulce y atarazada tierra de Francia. De la unidad del sentimiento nace la comunión telepática de las conciencias, y todos los hombres se comprenden religados en el milagro de una nueva Fe.

II

Una iglesia bombardeada, cerca de Reims. —La iglesia de Betheny.— Está hundida la bóveda y el recinto aparece lleno de escombros. Por la rotura del muro penetra una claridad dorada que ilumina las ortigas del presbiterio. Revolotean los pájaros, y en lo alto de las columnas, sobre los capiteles mutilados pían las nidadas. La arcada del coro aun logra sostenerse en pie, y a su abrigo hay un altar cubierto con banderas. Los soldados, los viejos y las mujeres del pueblo oyen la misa. El trueno de los cañones resuena en la rota bóveda: Las baterías alemanas están bombardeando la catedral de Reims. Acaba la misa y el Abate reza en silencio con el cáliz entre las manos. Una vieja que custodia las alhajas y vestiduras de la iglesia, se acerca al altar, cierra el misal y pone a recaudo en la faltriquera la campanilla de plata. El Abate Baudin se signa despacio y sale tras de la viejecilla, la cabeza inclinada sobre el hombro y un rictus doloroso. Fuera, en el campo de la iglesia, un auvernés vende a los soldados espejos con marco de latón, peines, papel de cartas y jabón de olor. El Abate Baudin se dirige a un grupo de oficiales, con gestos apasionados:

EL ABATE BAUDIN

¡Otra vez los bárbaros están bombardeando la catedral! Acabarán por arrasarla como la capilla de la Consagración.

EL TENIENTE ROLLIN

Se vengán de su fracaso en la Picardía.

EL ABATE BAUDIN

Fue un milagro la batalla del Marne. ¡Dios misericordioso si llegan a ponerle sitio a París!

EL TENIENTE ROLLIN

Lo hubieran arrasado.

EL ABATE BAUDIN

Atila retrocedió delante de los muros de Roma.

EL TENIENTE ROLLIN

Eran otros tiempos.

EL CAPITÁN ROUFIGNA

¿Pero puede ser arrasado París? ¿Puede haber un ejército capaz de tal barbarie?

EL TENIENTE ROLLIN

Era el propósito alemán. No es un secreto.

EL CAPITÁN ROUFIGNA

¡Yo dudo que se hubieran atrevido!

EL TENIENTE ROLLIN

El Gran Estado Mayor tenía estudiado dividir la ciudad en diez cuarteles: Comenzar por uno, arrasarlo a cañonazos, y luego proponer la paz. Si no era aceptada arrasar otro y volver a proponerla, pero en condiciones más duras. Y continuar así hasta quebrantar la voluntad de Francia.

EL ABATE BAUDIN

Si llega ese momento no habiérámos podido resistir.

EL TENIENTE DOUCHESNE

¡El mundo entero se levantaría en un clamor!

EL TENIENTE ROLLIN

El clamor del mundo lo hubiera cubierto el ruido de los cañones.

EL ABATE BAUDIN

Ha sido un milagro la batalla del Marne. Y parece que los alemanes ya empiezan a reconocer nuestra victoria.

EL CAPITÁN ROUFIGNA

La victoria, pero no el prodigio, señor Abate. Dios solamente puede obrar milagros en favor del pueblo elegido, y ese pueblo es el alemán.

EL ABATE BAUDIN

Tiernen el viejo concepto judaico. Y su mentalidad y toda su moral es judaica, y su idea de Dios. El Kaiser en las pragmáticas y en las arengas todavía no ha nombrado una vez a Cristo Jesús.

EL TENIENTE ROLLIN

Dios es un valor político en las arengas del Kaiser. Turcos, judíos, católicos y luteranos no hacen diferencias de fe cuando se nombra a Dios.

EL ABATE BAUDIN

Y ha suprimido al Redentor del Mundo.

EL CAPITÁN ROUFIGNA

Pero lo habrá hecho con el corazón lleno de dolor, como la violación y el expolio de Bélgica.

EL TENIENTE DOUCHESNE

¡Es un payaso trágico!

EL CAPITÁN ROUFIGNA

¡Qué estrago el de Bélgica!

EL ABATE BAUDIN

Alemania hace la guerra fiel a su concepción ética del Universo.

EL TENIENTE DOUCHESNE

Una guerra de tribu.

EL ABATE BAUDIN

Una guerra de tribu porque su civilización aun no es bastante vieja, para poder crear normas superiores de conciencia. La conciencia es un fruto de la edad, y los pueblos, al igual que los hombres, necesitan llegar a viejos para que los llene de resplandor la palabra del Evangelio. Alemania es un pueblo que nace: Tiene la furia vital, la furia erótica, la furia de destruir y crear de todas las juventudes. Camina ciega, llena de la idea del futuro, ciega de instintos, sin saber del pasado porque su pasado es de tinieblas. Alemania representa el día de la ira.

EL TENIENTE ROLLIN

Pretende destruir la vieja máquina del mundo, y vendernos otra nueva, mejor y más barata fabricada en los talleres de Krupp. Place la guerra llena de un instinto vital que en las fieras es todavía más ciego y violento que en los hombres. Quiere ser creadora, y nosotros los franceses queremos sostener nuestra obra de tantos siglos. Alemania promete, y Francia ya ha dado su fruto. El Imperio es anarquista, y la República conservadora.

De pronto un avión aparece en el claro azul de la mañana planeando sobre el campo de la iglesia donde las viejas se remiendan al sol, y los soldados hacen rueda al tabanque del auvernés, todo lleno de destellos. El Capitán Roufigna explora el cielo con sus prismáticos, y luego llama a dos soldados para que las mujeres con los arrapiezos se entren en las casas. Los chicos se agrupan en las esquinas, las mujeres se incorporan rezongando y andan encorvadas con la aguja prendida en la falda: En el umbral de las puertas se detienen y con la mano extendida sobre las cejas fisgan el avión. El corro de oficiales busca el abrigo de la iglesia, los soldados se desbandan a lo largo de la carretera y se recatan en la sombra de los árboles. El auvernés, en medio del campillo, recoge su tabanque. El avión planea muy alto, un momento desciende, y luego con gran vuelo curvo se levanta. Los cañones rompen el fuego. Apretados copos de humo muy blanco bogan en torno del gran pájaro negro. Todos los ojos están fijos en él. Cierra la curva de su vuelo y deja caer dos bombas.

Sobreviene un espanto. Los oficiales salen al centro de la plaza llena de humo. Las hojas de los árboles caen revoloteando, y por el tejado de una casa terrena brotan penachos de llamas. El tabanque del auvernés yace esparcido, cubierto de tierra y de ramajos. El cuerpo del buhonero, medio desnudo y sangriento, palpita con un resto de vida, bajo los palos del tinglado. El aura histérica desgrena a las mujeres, corren con los hijos apretados en los brazos. De la casuca en llamas sale una sombra frenética dando voces: Trae dos niños, los deja cerca de la puerta y vuelve a entrarse por entre el humo y las llamas. Todo el tejado es una hoguera. Algunos soldados escalan el muro, un oficial penetra en la casa. Se oye el golpe de picos y hachas. Al fondo de la plaza, cerca del buhonero que agoniza, reza con las dos rodillas en tierra y los brazos abiertos, el Abate Baudin.

Parece abandonado en medio del espanto. Se hunde el techo de la casa, y un soldado ciego de humo aparece en la puerta con una mujer en brazos. El Abate Baudin conforta al buhonero, y recita los latines de la absolución: Sus ojos se levantan al cielo, y ve cómo el avión se aleja cercado de copos de humo, perseguido de las balas. El Abate Baudin lo contempla lleno de odio, con los ojos lo quisiera hacer caer. El rezo latino se extingue en sus labios, y cuando vuelve la atención al buhonero, halla que está muerto. Le entra como un frío, una gran amargura de mundo y duelo de sí mismo, por aquel odio que le enciende contra el pueblo del otro lado del Rhin. Y de pronto rebelándose, sintiéndose lleno de pasión, religado a la carne y al pecado, levanta los brazos a la altura, clavadas en la tierra las rodillas.

EL ABATE BAUDIN

¡Francia! ¡Francia! ¡Francia!... ¡No te olvides de odiar, si quieres vivir!

III

Reims. Las bombas caen sobre la catedral, el barrio que se tiende a su espalda yace todo en ruinas, y es un montón de piedras mutiladas aquella capilla donde eran consagrados los reyes de Francia. En el viejo atrio desierto, el rumor de la guerra adquiere un sentido de vida sacrílego y bárbaro. Cae una bomba que no estalla, y llegan corriendo algunos soldados que la aíslan entre estacas que clavan en tierra formando trébedes. Otra bomba revienta sobre la catedral. En el balcón de una casa frontera aparecen dos muchachas vestidas de luto, y a poco el padre, un viejo con batín y gorro de seda: Habla apresurado, su voz de caña rota zozobra cómica y tierna: Es profesor de griego y de latín en un Liceo.

MONSIEUR JANIN

¡Paulina!... ¡Elisa!... ¡Pero qué falta de juicio, hijas de mi alma! ¡Tendré que clavaros el balcón!

PAULINA

¡Ahora, ahora mismo, una bomba ha roto tres santos de la portada! ¡Ha sido ahora mismo! ¡La hunden! ¡La hunden! ¡Mira los pedazos! ¡Dios mío qué lejos han saltado!

ELISA

¡Nuestra catedral querida!

El viejo humanista toma a sus hijas por la cintura y quiere llevárselas. Las dos suplican acariciándole:

PAULINA

¡Déjanos un momento!

ELISA

¡Un momento no más, padrecito!

MONSIEUR JANIN

¿Cómo podéis mirar tanto estrago? ¡Yo no puedo!...

Esparce la mirada por la plaza, y ve a una estanquera jorobada que se cubre los ojos con la mano, apoyada en el quicio de su puerta. El docto viejecillo sonrío entre irónico y triste:

MONSIEUR JANIN

Allá está la señorita Florencia. Nunca me había inspirado tan viva simpatía, pero ahora descubro que tenemos el mismo fondo sentimental.

Una bomba estalla entre los arbotantes, y derriba algunas piedras. Las dos muchachas se arrodillan en el balcón rezando a media voz, los ojos extáticos sobre las puertas de la catedral coronadas de santos mutilados. Por el fondo de la plaza comienza a desfilar un convoy de heridos: Primero los carros lentos y silenciosos, después los soldados que pueden caminar, cabezas vendadas, brazos en cabestril. Algunos se duelen cojeando, vienen sostenidos por los camaradas, arrastran una pierna que bajo el rebojo de gasas y algodones tiene una forma embrionaria. Mezclados con los franceses marchan los heridos y los prisioneros alemanes, rotos, mendicantes, trasquiladas las chatas cabezas, atónitos los ojos de porcelana.

El viejo humanista haciendo la castañuela con los dedos, espera impaciente a que termine el rezo de sus hijas, y luego rodeándoles los brazos se las lleva en volandas. Las muchachas volvían la cara para ver a los prisioneros:

ELISA

Parecen bandidos!

PAULINA

¡Parecen fieras acorraladas!

MONSIEUR JANIN

La verdad es que tiene algo de bestial ese cráneo alemán, algo de antihumano.

Cierra el balcón, y queda tras los cristales, contemplando la catedral. Poco a poco los ojos se le llenan de lágrimas, las enjuga a hurto y vuelve tímidamente la cabeza por inquirir si sus hijas pueden verle. Las muchachas se han ido, el viejo cierra cauteloso la puerta, y vuelve a mirar tras los cristales, sollozando.

IV

Una ligera llovizna enfanga las calles y aumenta su tristeza provinciana. Los niños coa las carteras llenas de libros, corriendo y chapoteando, ajenos a todo riesgo, se dirigen a las escuelas, que por huir el estrago del bombardeo están recluidas en el fondo de las cuevas. Los comercios, con las lunas rotas, tienen una soledad oscura, y los viejos pañeros hablan de acera a acera con sus vecinos. Grupos de soldados van en camarada por las calles, ríen y fuman: Se detienen ante las quincallerías, y la dueña rubia y fofa, sentada tras el mostrador los mira melancólica. El Pañero Viejo, Clotilde la Viuda, Adolfina la del Talabarte, Pedro el Marsellés, tan pronto vagan por el fondo triste de sus bazares, como asoman en la puerta y hacen sus cortesías a las damas burguesas que con las niñas casaderas cruzan la calle.

CLOTILDE LA VIUDA

¡Cuántos lutos!

ADOLFINA LA DEL TALABARTE

¡Es la guerra, que dejará el mundo sin hombres!

PEDRO EL MARSELLÉS

Alguno quedará para un remedio. ¡Ya es usted exagerada, señorita Adolfina!

CLOTILDE LA VIUDA

Ni que fuese de la tierra de usted, Pedro.

ADOLFINA LA DEL TALABARTE

Dije el mundo, y quise decir Francia... Pero ustedes me habían entendido.

PEDRO EL MARSELLÉS

Si Francia se queda sin varones, por patriotismo tendrá usted que quererme a mí.

ADOLFINA LA DEL TALABARTE

Ya está usted disparatando.

PEDRO EL MARSELLÉS

Volveríamos a repoblar la tierra entre los dos.

ADOLFINA LA DEL TALABARTE

Pedro, que no me hacen gracia esas bromas.

La talabartera hace un gesto pudibundo, arrebolada bajo el revoque de polvos de arroz, y se entra en el bazar, sujetándose las horquillas del rodete postizo.

CLOTILDE LA VIUDA

Si la patria se quedase sin hombres, usted también sería de los muertos... Hablo solamente por conjeturas... Pero en todo caso no podría usted hacer la repoblación con la señorita Adolfin.

PEDRO EL MARSELLÉS

Por culpa de ella, no lo dude usted.

EL PAÑERO VIEJO

¡Bien debe iros en el negocio, cuando tenéis ese humor de burlas!

Sacude la pipa y se pone a cargarla. Es un hombre maniático, ya caduco, pequeño y encorvado, que de la mañana a la noche pasea ante su puerta fumando y hablando solo. Clotilde y el Marsellés cambian un guiño:

PEDRO EL MARSELLÉS

¿Usted ya no gana plata, señor Cournuty?

EL PAÑERO VIEJO

¿Y qué te importa a ti si yo gano plata? ¿Y qué le importa a nadie? ¿Y para qué quiero yo ganar plata? ¿No sabes que los dos hijos que tenía ya no los tengo? ¡Han muerto en Verdún como dos héroes! ¿No sabes que estoy solo en el mundo? ¡Eres idiota! ¡Ha sido lástima que no te hayan matado en Verdún! ¿Qué habrás hecho tú para tener la medalla de guerra?

PEDRO EL MARSELLÉS

Recibir tres heridas, y quedarme renqueando para toda la vida, señor Cournuty.

EL PAÑERO VIEJO

Pero no te has quedado mudo, y esa es la lástima.

Le vuelve la espalda y reanuda su paseo ante la puerta, contando las piedras de la acera con gesticulación apasionada, accionando de un modo vago y fatuo. De pronto se detiene:

EL PAÑERO VIEJO

Vosotros no habéis conocido a mis hijos. No parecían hijos míos. Eran los más arrogantes mozos de Francia.

CLOTILDE LA VIUDA

¿Dónde los tenía usted, señor Cournuty?

EL PAÑERO VIEJO

En París.

PEDRO EL MARSELLÉS

¿No los tenía usted viajando?

EL PAÑERO VIEJO

Sí, viajando.

PEDRO EL MARSELLÉS

¿Es verdad que eran aviadores?

EL PAÑERO VIEJO

Yo los había enseñado a volar... Ya volaban mejor que yo... Un día nos subimos los tres a lo alto de la catedral, y fuimos hasta Verdún.

CLOTILDE LA VIUDA

¿Y usted sigue volando, señor Courntity?

EL PAÑERO VIEJO

Todas las noches subo al tejado de mi casa, abro los brazos y ya estoy sobre las líneas alemanas. Y desde lo alto le echo escupitinas al Kronprinz. ¡Lo tengo loco!

Abre toda la boca con una carcajada, y torna a su paseo meditabundo, hablando a media voz con grandes gestos. El Pañero Viejo se había casado con una mujer joven y pintada que un día le abandonó desapareciendo de Reims. Al estallar la guerra ya llevaba loco muchos años, una locura de viejo avariento que repentinamente cambió para imaginarse padre de dos hijos, dos héroes muertos en Verdún.

V

Una columna de infantería descansa a lo largo de la carretera fangosa. Es la hora del rancho, y los peludos rodean la marmita donde flotan grandes tajadas de buey: Ríen sonando las cucharas en las escudillas de peltre, y con ellas colmadas se retiran y reparten en corros por las orillas del camino. Pablo Noláu, Juan Sully y Luis Bournaselle hacen camarada en el lindar de un majuelo. Juan Sully es poeta, y los otros dos al comenzar la guerra eran estudiantes en París.

BOURNASELLE

¡Otra campaña de invierno!

NOLAU

Y no será la última... Luchamos solos. Los rusos nunca acaban de armarse, y los ingleses tampoco.

BOURNASELLE

Inglaterra hace menos de lo que puede.

NOLAU

Menos de lo que puede, y todo lo que le conviene.

SULLY

Es el error consagrado respecto a ese gran pueblo. ¿Vosotros habéis leído el libro de Chervillon?

NOLAU

Chervillon es un anglófilo.

SULLY

Debíais leerlo porque aprenderíais algo.

NOLAU

¿Tú lo tienes? Si me lo dejas lo leeré, aun cuando no habrá de convencerme.

BOURNASELLE

¿De qué trata ese libro?

SULLY

Del esfuerzo enorme realizado por Inglaterra.

BOURNASELLE

¡Enorme! Inglaterra tan fabril, tan industrial, produce hoy menos municiones que Francia.
¡Enorme!

SULLY

Pero de sus astilleros sale un gran acorazado todos los meses.

NOLAU

Es el esfuerzo bien entendido. A Inglaterra sólo le preocupa el aumento de su escuadra.

SULLY

Y con su escuadra, poco a poco, va ganando la partida.

BOURNASELLE

Toda la gloria de esta guerra es de Francia.

SULLY

De Francia y de sus aliados...

BOURNASELLE

¡De Francia! El mundo entero lo reconoce así.

NOLAU

Los mismos alemanes nos hacen esa justicia.

SULLY

Es posible que la acción gloriosa sea nuestra, pero la acción eficaz es de Inglaterra. Esta guerra es una guerra mediterránea, y la victoria sólo puede darla el dominio del mar. Alemania se lanzó a la lucha creyendo que nunca intervendría Inglaterra.

NOLAU

¡No son tan alocados los boches!

BOURNASELLE

Son vanos, y es muy sagaz la vieja puritana. Yo también estoy convencido de que no hubiera estallado la guerra, si la política inglesa define su actitud cuando el ultimátum a Serbia.

SULLY

¡Seguro!

BOURNASELLE

Y ese es el rencor que le tengo. Pudo haber evitado esta catástrofe y no quiso. Inglaterra ha sido como el embozado de las comedias viejas, aquel que todo lo complica y espera a descubrirse cuando ya nadie queda entera del enredo. ¡Ese es el rencor que le tengo!

SULLY

¡Yo no! Inglaterra ha hecho como los buenos policías cuando barruntan el intento de algún robo, que no lo estorban para poder cazar a los criminales. Alemania fue a la guerra para dominar a Europa. Estaba segura del triunfo, y contaba con el dominio del mar. Los austríacos, los griegos y los turcos juntarían sus escuadras, acaso también los italianos. Todos unidos nos atacarían en el Mediterráneo. El objetivo era Marsella. Y nuestra flota tendría que dividirse, porque simultáneamente la escuadra alemana nos atacaría en el Atlántico. Inglaterra ha evitado esa catástrofe.

NOLAU

Pero si podía evitarla, evitando al mismo tiempo la guerra...

SULLY

Solamente pudo alejarla, pero la guerra era fatal. Inglaterra afrontó sus responsabilidades, consciente de su fuerza, y más consciente aun de que era un deber quebrantar mientras era tiempo, el imperialismo teutón que ponía el egoísmo de sus fines sobre todo derecho. No era lo esencial evitar la guerra, lo esencial era imponer el triunfo de una ética superior, a la ética bárbara que representa el Imperio Alemán. Y ese milagro lo está alcanzando la vieja Inglaterra.

NOLAU

¿Con sus barcos?

SULLY

Con sus barcos. Los ejércitos que se mueven por líneas interiores, son al cabo vencidos por el dueño del mar. Es una ley histórica. Aníbal, el más grande de los capitanes...

BOURNASELLE

Estás faltándole a Guillermo.

NOLAU

Y se te enfría el rancho.

Sully hace un gesto desdeñoso, contempla la escudilla y vuelca el caldo grasiento que resta en el fondo. Después limpia la cuchara en una mata de yerba:

SULLY

Napoleón por líneas interiores llevó sus legiones desde Cádiz a Moscovia. ¿Y quién venció a Napoleón? El navío inglés. ¿Y quien venció a Aníbal? El trirreme romano.

BOURNASELLE

Aníbal era un semita, y un latino Napoleón. Dos cráneos científicamente desacreditados.

SULLY

Advierto que el rancho os comunica el alado ingenio de un boche.

BOURNASELLE

Querido, pero tú no admites la controversia. Tu anglofilia te lleva a sostener una paradoja. Precisamente la superioridad de nuestros enemigos está en moverse por líneas interiores, y poder concentrar sus fuerzas para dar golpes decisivos. La superioridad estratégica de una línea sobre otra se reduce al tiempo. Aníbal y Napoleón no tenían ferrocarriles ni automóviles, sus ejércitos caminaban despacio, y el viento empujaba más de prisa las velas marinas.

SULLY

Todo eso sería razonable, si la flota inglesa solamente sirviese para transportar ejércitos que hubiesen de pelear en tierra firme. Pero el principal objetivo de las escuadras aliadas es el bloqueo de Alemania.

NOLAU

¡Tú crees esos cuentos de que los boches se mueren de hambre!

Juan Sully sonríe espiritual, con gracia casi femenina: Es rubio, tiene los ojos muy azules, y un bello gesto como Alfredo de Muset.

SULLY

Yo creo qué nadie se muere de hambre... Como poeta tengo hechas mis pruebas.

NotAO

Pudiera ocurrir que la resistencia de un boche fuese menor.

BOURNASELLE

¡Calla blasfemo! Un poeta es un elegido de las musas, pero un boche es un elegido de Dios.

SULLY

Nunca les ha ido bien a los pueblos cuando se proclamaron elegidos de Dios. Primero fueron los hebreos, después los españoles, ahora los boches...

BOURNASELLE

Pero los boches son los únicos elegidos científicamente, con arreglo a prácticas de laboratorio. Dios para esta última elección ha sido sabiamente ilustrado por toda la ciencia alemana.

La tropa comenzaba a formarse en la carretera. Algunos soldados tenían un aire sombrío, pero los más se mostraban alegres, con alegría externa e inquieta. Se oía el cañoneo lejano, volaban muy alto los aviones, y los viejos y las mujeres que trabajaban las eras, miraban en silencio cómo se formaba la columna en el pecinal de la carretera. La campiña aterida y encharcada tenía un verde

tierno manchado con el amarillo agrio de la flor de la retama. Y el cielo gris era de una tristeza infinita.

VI

Las tropas de primera línea se entumescen en el fondo de los silos y refugios. En los puestos avanzados y a diversas distancias, los centinelas velan sobre el campo enemigo, y enfilan la mirada por el cañón del fusil, agazapados tras el talud de las trincheras. Se hace el relevo apagando el rumor de voces y pisadas. Algunos peludos duermen echados sobre el barro, otros sentados a la entrada de los abrigos escriben una carta despacio, con recogimiento, sin cura de los torpedos que, trepidante el negro vientre cargado de hierro, pasan abriendo una lenta curva, y estallan más lejos: Apagando la voz, hablan los peludos de una escuadra:

UN SOLDADO

Esta noche tendremos jarana.

OTRO SOLDADO

Creo que nos mandan a Verdún. ¡Aquello anda mal!

OTRO SOLDADO

¿Qué sucedería si los boches tomasen la plaza? ¿Se haría la paz?

Los tres peludos se miran suspicaces. Son tres aldeanos fuertes y encendidos, de anchos pómulos y anchas orejas, lentos en el ademán, en el habla y en el imaginar.

EL CABO PERIER

Ya pasó aquel tiempo en que los boches podían vencer a los franceses. Ahora estamos más fuertes que ellos.

EL SOLDADO JUAN SIMÓN

Si los boches toman Verdún...

EL CABO PERIER

¿Crees tú que lo tomen?... De todas suertes eso no sería la paz.

OTRO SOLDADO

Si toman Verdun, será porque así le conviene a papá Joffre.

Ninguno contradice, pero debajo de aquel asentimiento aparente, se adivina la zozobra. Y de nuevo hay un silencio.

EL SOLDADO JUAN SIMÓN

Yo no sentiría que destinasen el regimiento a Verdún. Tengo allí dos hermanos... Y morir, en todas partes se muere. No será Verdún peor que el Iser. En Verdún habrá municiones, y en el Iser ni hombres ni municiones.

EL CABO PERIER

¿Cuánto tiempo has estado tú en el Iser?

EL SOLDADO JUAN SIMÓN

Tres meses.

EL CABO PERIER

¿Y de allí adónde pasaste?

EL SOLDADO JUAN SIMÓN

Al hospital. ¡Qué vida regalada la de aquel hospital, en un hotel de príncipes! Yo tenía un brazo roto, y me paseaba todas las mañanas por el parque, oyendo cantar los mirlos. Por las tardes teníamos conciertos y representaciones. ¡Cómo me he reído con un monólogo que pos hizo la Réjane!

EL CABO PERIER

El hospital nunca es alegre. Siempre hay algún compadre que hace la mueca y guiña el ojo, en la cama vecina.

EL SOLDADO JUAN SIMÓN

A esa película ya se va acostumbrado de las trincheras, y no emociona.

EL CABO PERIER

¡Y las recomendaciones del alma, con tanto hablar del pecado y del Infierno! ¡Vaya un entrenamiento para hacer el recorrido de la otra vida!

EL SOLDADO JUAN SIMÓN

¡Pues para volver al frente también son un regalo!

EL CABO PERIER

Y el prójimo a quien le enjaretan la plática, es quien menos la escucha. Gana de perder el tiempo y quitarle el humor al compañero que está convaleciente y espera un permiso para ir a correrla quince días a París. ¡Yo sólo admito que me encomiende el alma la Bella Otero!

Los soldados ríen de un modo apagado y forzado. Vuelan los aviones alemanes avizorando la línea, rompen contra ellos el fuego los cañones franceses, y los pájaros de hierro se remontan entre copos de humo tan apretados y densos que parecen paones blancos.

VII

En las quebradas y barrancas, a retaguardia de la primera línea de trincheras, hay emplazados grandes cañones, unos ocultos bajo toldos de remendadas lonas que tienen el color barcino de la tierra, y otros celados por ramajes. A la redonda, chapoteando en el barro, se afanan pelotones de soldados tiznados y arremangados. Cada vez que el cañón se levanta para disparar, se apartan corriendo, y se agazapan a la boca de los abrigos mirando la negra gola que se llena repentinamente de humo y de llamas. El acre olor de los explosivos les enciende los ojos y les fuerza a toser. Se hablan con palabras breves, pero de muy varia emoción, unas veces ardientes, otras veces estoicas, otras burlonas: Siempre breves:

UN PELUDO

Hoy los boches están mudos.

OTRO PELUDO

Tienen toda su tormentaria sobre Verdún.

Un avión deja caer dos bombas, que estallan a veinte pasos levantando gran remolino de tierra. Algunos cascotes de hierro rebotan en el casco de un soldado. El peludo se lo quita riendo:

EL PELUDO

¡Mi teniente, creo que soy invulnerable!

EL TENIENTE ROLLAND

¿Te alcanzó algo?

EL PELUDO

Una almendra que me abolló el cascó.

El avión que se había remontado hasta perderse en las nubes, vuelve a descender, se agranda violentamente, parece que va a tocar la tierra: Deja caer otras dos bombas y torna a remontarse rodeado de copos blancos. Las bombas al estallar levantan una turbonada barrizosa, y al disiparse aparecen algunos soldados tendidos sobre el campo, destrozados, casi desnudos. El pobre invulnerable es un rebujo sanguinolento. Acuden los aviones franceses, acuden otros alemanes, y se traba un combate en los aires. Los soldados enterrados en las trincheras miran cómo los pájaros de hierro se buscan y se esquivan.; Los rostros tienen la máxima expresión de anhelo. Un avión vuela más alto que ninguno, desde el cénit baja como un gerifalte, dispara su ametralladora, y repentinamente otro avión aparece envuelto en llamas. Se le ve bajar volinando como un pájaro herido en las alas:

UN PELUDO

¡Es boche! ¡Es boche!

OTROS PELUDOS

¡Victoria! ¡Victoria!

Un oficial que contempla el combate con los prismáticos, se vuelve al grupo de soldados: Otros oficiales siguen atentos con los gemelos sobre los ojos, y en algunas manos se advierte ligero temblor.

EL TENIENTE ROLLAND

¡Es francés! Tiene nuestra escarapela.

ALGUNAS VOCES

¡Es nuestro! ¡Es nuestro!

UNA VOZ SIN ESPERANZA

¡Mala suerte! ¡Mala suerte!

UN SARGENTO

¡Ya la tendremos buena!

El avión cae ardiendo a retaguardia de la primera línea de trincheras francesas, en una gandara, cerca de un camino. Este paraje se llama la Main de Massiges: Tierra llana, tierra calcinada con manchas de pinar y un remoto horizonte de selva azulada. Los globos cautivos exploran el campo de batalla: Por toda la vasta extensión de la llanura se descubren burgos quemados y saqueados; por los caminos jinetes, infantes y carros de municiones; de lejos en lejos campos de cruces. Los pinares aparecen secos por los gases asfixiantes, Al siniestro lado de una carretera, el lado que cae sobre el frente alemán, hay seves y cortinas de ramaje para ocultar el paso de los

convoyes. Trochas fangosas y hondas conducen hasta las avanzadas, donde vuelan aviones franceses y alemanes: Las ametralladoras disparan sobre ellos y vuelan los aviones entre nubes de humo que son como cirrus blancos. A retaguardia de las trincheras se hallan emplazados los grandes cañones, siempre escondidos. Los puestos de observación avanzan sobre la primera línea. Desde allí se comunican por teléfono con los artilleros, y regulan el tiro.

La Champaña Piojosa² es una tierra de gran desolación. Las trincheras están llenas del olor de los muertos, un olor frío y pavoroso. Sobre los ribazos, se destacan algunas cruces. La mochila de un soldado sale de entre la tierra de un foso: En otro paraje es una mano rígida, y alrededor de los dedos le han pasado los hilos del teléfono. Escuadras de granaderos comen silenciosos en los abrigos. El cañoneo es muy intermitente. Pícan los pájaros asustados. Se descubren bosques talados por la metralla y hay grandes árboles con los troncos deshilachados como espartos. Por todas partes alambradas y ramajes secos que disimulan y celan los caminos. Las trincheras están encharcadas: Apenas hay soldados en ellas: Los escuchas y centinelas nada más. Entre la primera y la segunda línea, tierras yermas holladas por los obuses. Los aviones bordonean en el cielo. Las ametralladoras destinadas a darles caza, ahora tiran de concierto con los cañones alemanes de grueso calibre, y con los cañones franceses. Se reconoce entre todos el 75. El aire tiene un aullido de gata parida al rasgarlo la bala.

Hay un gran momento, un latido anhelante, cuando el avión alemán abate con los tiros de su ametralladora al avión francés, que baja en llamas, sin gobierno. Los soldados salen de sus abrigos. Arde en una gandara, cerca del camino. Desde las trincheras se ve la hoguera. Un grupo de soldados está en torno. Antes de llegar se descubren los cuerpos deshechos de los dos aviadores: Una masa sangrienta: Los cascos entrados hasta los hombros, las piernas rotas, el pecho hundido, las ropas chamuscadas. Al ponerlos en unas angarillas sus despojos se desbordan fuera y caen en una masa roja y líquida. Se les cava allí la sepultura. Un capellán que tiene la medalla de guerra, reza el responso. Los soldados descubiertos, permanecen silenciosos. El avión sigue ardiendo. Por el camino avanza un soldado con dos cruces.

2 En un pasaje del artículo inicial de la serie (*El Imparcial*, 11 de octubre de 1916), luego suprimido en el libro, se explica este calificativo: "...en una tierra miserable que los franceses llaman piojosa, a mitad de camino entre Chalons y Reims..." Véase el Apéndice.

APÉNDICE: PASAJES SUPRIMIDOS

Incluimos a continuación unos pasajes de los artículos de la primera serie suprimidos por Valle-Inclán cuando los reordenó para su publicación como libro.

V

A retaguardia de las líneas donde se batalla, y en parajes llanos revestidos de céspedes, están los aeródromos. El de Verzy cubre un vasto campo cercado de pinares secos por los gases asfixiantes, en una tierra miserable que los franceses llaman piojosa, a mitad de camino entre Chalons y Reims. Ligeras tiendas, grandes cobertizos, alpendes y galpones hacen ruedo, sobre la yerba, tienen el color de la noche y se desvanecen en ella: Sólo realza sus siluetas la luna cuando navega por claros cielos estrellados. Cerca de la carretera hay una escolta, y dos bultos con linternas recorren los cobertizos.

El Imparcial, 11 de octubre de 1916.

VI

De una barraca que tiene los resquicios iluminados por la luz de dentro, salen alegres voces. Los oficiales celebran una cena. Han encendido los cigarros y beben champaña. El capitán Adolfo Creac, luego de mirar el reloj que lleva en una pulsera de cuero, saca algunos papeles de la escarcela y los repasa en silencio. Bebe a pequeños sorbos y humea el cigarro, con gran reposo, alternativamente. Tiene aspecto de pastor montañés: Los ojos claros, la boca riente, el rostro dorado del sol. Acaba de leer un pliego y lo dobla, dejándolo a su lado sujeto por la copa de champaña. Con un gesto lleno de cordialidad reclama silencio:

—Señores, hay una orden que nos manda bombardear esta noche la estación y el ferrocarril de Luxemburgo. Montigny, tú que eres astrónomo, ¿quieres abrir la ventana y mirar el cielo?

Montigny apuró su copa y se levantó para abrir la ventana. Era un hombre joven, con el cabello lleno de mechones blancos. Tenía un hermoso rostro de viejo linaje francés, como se ven en algunos retratos de cardenales y mosqueteros, la expresión noble, galante y audaz de una cabeza de peluca empolvada. Abrió la ventana y miró fuera, en medio de un silencio que se hizo de pronto. La claridad de las estrellas caía sobre la gran llanura plena del canto de los grillos. Montigny murmuró:

—¡Magnífica noche para llevar nuestro saludo al Kronprinz!

La brisa nocturna al penetrar en la estancia estremecía las luces de petróleo. Un grupo de oficiales se reunió en la ventana recordando y comentando los últimos vuelos que habían realizado sobre las líneas alemanas. Eran tres con Momigny. Su charla cortada y llena de exclamaciones joviales, recordaba el conversar estoico y gracioso de los toreros españoles. Se advertía en medio de la vaya, el pensamiento fijo de la muerte. Gastón Samein, el más joven de los tres, se apartó para llenar su copa abandonada sobre la mesa, y antes de apurarla interrogó con la lengua un poco torpe:

—Sepamos con certeza qué se celebra esta noche. ¿Es la citación en la orden del día? ¿Es el ascenso de nuestro amigo Adolfo Creac?

Murmuró una voz fatigada:

—Las dos cosas.

Samein se volvió buscando con los ojos, y descubrió a un oficial alto y flaco, con cara de místico, que examinaba un plano:

—Las dos cosas no, Leonard. Las dos cosas, no... Sería escamotear una...

Hablaba con gran emoción, y parecía pronto a llorar. Apuró la copa y se tornó a la ventana, en la misma sazón que los otros miraban a lo lejos las luces de un automóvil que llegaba sonando la bocina. Gastón Sámein barboteó con la voz turbia:

—¡Auto en puerta!

Creac dejó de leer, y levantó la cabeza con una sonrisa asustada sobre su rostro de cabrero inocente:

—¡Serán esas locas!

Montigny parpadeó haciendo un gesto leve y desdeñoso:

—Son ellas querido Creac. No te olvidan.

Tenía en la voz un dejo burlón. Creac cerraba los ojos, y recogía sus papeles esparcidos sobre la mesa:

—Me traeréis un disgusto con el general Gouraud. Ya sabéis que no ama estas visitas.

Gritó Gastón Samein con la copa en la mano:

—¡Mi capitán, los aviadores tenemos bula!

Y Jacojjo Roland, un teniente que llevaba uniforme de dragones, murmuró al oído de Montigny:

—¿Son las eternas palomas del café Verdé?

—Una de ellas, Odtette de Bonza. La otra es nueva en este cielo.

Sonaba insistente la bocina del automóvil, y los oficiales que aun fumaban y bebían en torno de la mesa, acudieron en tropel a la ventana. El grupo de sus cabezas se destacó sobre el cielo estrellado como en un fondo de pintura antigua. Eran cabezas hermanas y diversas, igual que en ciertas apostoladas. Estaba allí el aviador de frente estrecha, tal que los gladiadores del tiempo antiguo; y el aventurero; y el místico; y el hombre enamorado de la ciencia nueva; y el de la voluntad potente, profesor de energía; y el legitimista que siente las obligaciones de su sangre. Pero arde en todos los corazones con el mismo divino temblor, la llama de los altos hechos y las glorias militares, la llama de Francia.

El Imparcial, 11 de octubre de 1916.

VII

Toda la camarada salió al raso. Dos damiselas venían atravesándolo muy recogidas las olorosas faldas. Precedíalas un cabo del retén que levantaba su linterna alumbrando el sendero, y el claro de la luz jugaba ante los lindos pies, y trepaba por los tobillos finos, calzados de seda. Con sazonadas frases y claras risas entraron en la barraca que había quedado sola, abierta al viento, revolantes los manteles y estremecidas las luces. La Señorita Odette, escoltada por un grupo de oficiales, comenzó a curiosearlo todo y a sorprenderse de todo con menudos gritos. La Señorita Margot, llena de languidez, se acercó a la ventana para contemplar la luna, y con los ojos desmayados reclamó a Montigny, La barraca tenía las paredes llenas de dibujos en el estilo de los

periódicos galantes: Lindas mujeres atándose una liga, lindas mujeres saliendo del baño, lindas mujeres cenando en buena compañía. La Señorita Odette, estrella de variedades y tango argentino, se asustaba, abría los ojos como una colegiala, se mordía los labios pintados... Y Creac olvidados los escrúpulos, feliz y resplandeciente, le presentaba la copa llena de champaña, porque se repudiese de aquellos espantos. Y la daifa con un arrumaco de pájaro lindo, mojaba el pico. Alguna vez en medio de este juego, Creac consultaba el reloj de su pulsera y entretenía palabras en voz baja con los oficiales del corro. Al cabo, suspirando, les confió la copa de la madama, y con su buena sonrisa de pastor hizo la despedida:

—¡Tenemos que engrasar las escobas para el vuelo de esta noche!...

Ella repuso a borbotones:

—¡Adiós brujo mío!

Y él:

—¡Aun nos veremos!

El Imparcial, 14 de octubre de 1916.

VIII

Delante de la barraca, a la luz de las estrellas, paseaba un oficial alto y cenceño, las manos a la espalda, y la cabeza caída sobre el pecho. El Moro, le decían en aquella camarada, porque era argelino, oriundo de Valencia. Gastón Samein, al asomar en la puerta, le hizo una zalema grotesca. El otro levantó la cabeza y murmuró sombrío:

—¡Son aves de mal agüero esas dos!

Samein se detuvo haciendo un gesto misterioso:

—¡Espías!

—No serán espías, pero sus apariciones siempre anuncian alguna desgracia.

Gastón Samein tuvo una sonrisa de sabio racionalista:

—¡Oh querido!... De simples estrellas tú las conviertes en cometas. ¡No tanto! Modestas estrellas.

El Moro le miró con furia de creyente, los ojos un poco turbios del champaña:

—Son dos cuervos que huelen la muerte. ¿Recuerdas cuándo las conocimos? Carlos Rudel estaba con nosotros, y a la noche siguiente caía en las trincheras. ¿Y la última vez que las vimos en Chalons?

—¿También ese día ocurrieron sucesos extraños?

La sonrisa incrédula estaba triunfadora sobre los labios de Sameiu.

El Moro le miró con furia del creyente:

—¡En el primer vuelo que hice me hundieron el pájaro!

Se alejó bruscamente. Los aviones empezaban a rodar sobre la yerba, se levantaban y volvían a descender, eran como grandes moscos sutiles y fuertes. Grupos de oficiales envueltos en holgados gabanes de piel de borrego, y enmascarados con las antiparras, salían del alojamiento. Las dos daifas en el cuadro luminoso de la ventana, gorjeaban al confundirlos. Corrían a través del campo soldados con linternas, repicaba el timbre de los teléfonos, se cambiaban órdenes. Mientras algunos aviones seguían volando a ras de la yerba, otros planeaban en el cielo estrellado y azul. La Señorita Margot, un poco nerviosa, quiso lanzarse en la aventura de volar, y se remontó por los aires con Montigny. La Señorita Odette, ya en el automóvil, arrebujada en su pomposo abrigo de cupletista, reía, reía buscándola en las estrellas:

—¡Oh, qué loca!

Al cabo la Señorita Margot bajó a la tierra. Estaba un poco trémula y tenía los ojos brillantes como una heroína:

—¡Magnífico Odette! ¡Magnífico! No tiene comparación con nada...

Y le mandó un beso a Montigny.

—¡Hasta que nos veamos!

Corrióse la orden de partida, y toda la camarada vino a despedirse de las daifas, que sonreían veladas y misteriosas en el fondo del automóvil, con una sombra de amor y de tristeza en los ojos pintados.³

El Imparcial, 14 de octubre de 1916.

3 Estos pasajes consecutivos y suprimidos, se continuaba en los artículos con lo que será el pasaje V del libro.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*

- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Maríneo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*

- 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
- 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
- 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
- 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
- 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
- 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
- 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
- 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
- 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
- 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
- 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
- 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
- 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
- 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
- 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
- 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
- 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
- 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
- 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
- 444 Publilio Siro, *Sentencias*
- 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
- 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
- 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
- 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
- 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
- 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
- 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
- 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
- 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
- 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
- 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
- 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
- 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
- 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
- 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
- 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
- 427 Georges Desdèvis du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
- 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
- 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
- 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*

- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
 395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña* (1885)
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China* (1715-1733)
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china* (1723-1740)
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China* (1602)
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*

- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*

- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serví († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*

- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álgar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 ¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 Citas del Presidente Mao Tse-Tung (*El Libro Rojo*)
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinae exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*

- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*

- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*

- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)

- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente (3 tomos)*
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles (3 tomos)*
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación (3 tomos)*
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclario, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*

- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)